TEATRO
ANTIGUO ESPAÑOL.

Imprenta de D. F. Grimaud de Velaunde
calle de la Cabeza, núm. 12.

LOS

BALCONES DE MADRID.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ATRIBUIDA

AL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

MADRID.

Librerías: de don José Alegría, c. de Carretas, 8, y de Denné y c.ª, c. de Jardines, 17.

1837.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

PROEMIO.

En todos tiempos las naciones cultas de Europa, han tributado á nuestros autores cómicos el elojio y aprecio que justamente se merecen, sirviéndose de sus composiciones dramáticas para calcar las suyas, como de una mina inagotable; ó bien comprando colecciones de los mas célebres de entre ellos, de modo que ni en las bibliotecas públicas, se encuentran las comedias de un mismo autor.

Este abandono nos ha impulsado á reparar en parte esta falta, reimprimiendo bajo el título de: TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL, las comedias mas raras de nuestros injeniosos poetas dramáticos. Aunque propios y estraños critiquen la irregularidad y plan disparatado de muchas de ellas, siempre se leerán con gusto por la fluidez de su versificacion, la sal cómica de que abundan, el artificio de su intriga y la naturalidad de su desenlace. El inmortal Lope de Vega Carpio, en el prólogo del *Peregrino en su patria*, confiesa la necesidad que tuvo de escribir, como lo hizo, para contentar el gusto estragado de sus contemporáneos. «Y adviertan los »estranjeros de camino, dice, que las comedias en »España no guardan el arte, y que yo las proseguí »en el estado en que las hallé, sin atreverme á »guardar los preceptos, porque con aquel rigor, de »ninguna manera fueran oidas de los españoles."

Para no prevenir el ánimo del lector, se omite de intento el juicio que pudiera hacerse, relativo á cada una de las comedias que se publiquen, dejando á cada cual las alabe ó vitupere á su guisa, por que tratándose de literatura, no todos ven ni sienten del mismo modo, y lo que á unos les parece chistoso y sublime, otros lo encontrarán chocarrero y disparatado.

721635

LOS BALCONES D MADRID

...mal como los mano
...s que tuvieran los mios,

la noble conversacion
a que los cosas obliga

Act. III Esc. VII

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losbalconesdemad00moli

ESCENA II.

Los mismos y don Alonso.

D. Alonso.

Elisa,
propicio el año comienza,
pues ha llegado á esta córte
el que mis años aumenta;
ya habrá venido el criado,
pues no le encontré á la puerta.
¿Mas qué buscais aquí vos?

Corral.

Concentainas, y palencias.

D. Alonso.

Hablad ¿qué buscais? ¿quién sois?

Corral.

Santiento asista mi lengua:
Soi, señor, cierta persona;
persona, sí, mas no cierta,
porque asisto poco en casa:
ni persona, porque de estas
hai mucha falta en el mundo:
destilo quintas esencias,
limpio dientes, curo callos,
hago moños, saco muelas.
Llamóme desde el balcon
una titular doncella,
que afirman las hai de anillo,
¿qué se le dá de que mientan?

D. Alonso.

¿Qué es esto? esperad, oid.

Corral.

Oidor es gran preeminencia:

RBC/NcU

mas yo jamás he ojeado
Parladorios ni Pandectas:
aunque hai letrados melones,
que escritos en las cortezas
de vírjenes librerías,
si los calan, son vadeas.

D. Alonso.

Este hombre es falto, esperad,

Corral.

Quien espera desespera,
y esperar sin esperanza,
es propio de la lei vieja.

D. Alonso.

¡Hai humor mas peregrino!
¿qué buscais?

Corral.

¿Yo? La escalera,
que se me vuelve invisible,
y debe de ser parienta
de la de los ahorcados,
para la subida, cierta,
pero para la bajada,
franca tan solo al gurrea.

D. Alonso.

El criado que envió (Aparte)
don Pedro á que me dijera
que estaba ya en esta Córte,
es sin duda. No os dé pena (A Corral).
que os halle yo ahora en casa,
cuando ha de ser dueño de ella
el señor á quien servís.

Corral.

¿Mi señor?

D. Alonso.

A su firmeza

está mi Elisa obligada
como yo á sus muchas prendas:
ha venido á instancia mia,
para que á su sombra tenga
nuevo valor nuestra casa;
reconócile aquí cerca:
dile, con la bien venida,
los brazos, y luego quejas,
por dilatarnos los gozos
que medramos, con sus nuevas.
Escusóse con decirme:
un criado mio os queda
aguardando en vuestra casa,
que por no darla molestia
sin prevencion, y de noche,
quise, á pesar de la priesa
de mi amor, hasta mañana
añadirme un dia de ausencia:
ya yo estuve con vuestro amo,
y le dí la enhorabuena:
viniendo pues de su parte,
cuando albricias os esperan,
¿qué temor os acobarda?

CORRAL.

Trocáronse las maletas, (Aparte).
pues por otro me aplaudizan
transfórmome en el que piensan.
Temí la venustidad (A don Alonso).
de esas canas circunspectas;
pero pues hallan mis dichas
en su invierno primaveras,
besándote los coturnos,
despues de implorar tu venia,
y darte críticas gracias,
iré á pesarme de cera,
puesto que ya mis calzones,
segun mi olfato, la pesan.

ESCENA III.

Doña Elisa y don Alonso.

D. Alonso.

En tu silencio he notado,
Elisa, y en la tibieza
de tus ojos, cuan sin gustò
has recibido estas nuevas.
Pues, Elisa, ya mis años
necesitan de quien tenga
cuidado de tí, y mi casa,
que me alivie, y te merezca.
Don Pedro es un mozo ilustre,
agradable su presencia,
conózcole, y le conoces,
y tiene seis mil de renta.
Yo le tengo inclinacion,
con que quieras, ó no quieras,
te tiene de ver mañana,
y esotro han de quedar hechas
sin falta las escrituras,
ó salir la noche mesma,
en un coche de Madrid,
para un convento de Lerma.

ESCENA IV.

Doña Elisa, sola.

Todo mal no prevenido
es precursor del desmayo,
mata repentino el rayo,
y sino, quita el sentido,
instantáneo rayo ha sido:

don Juan, mi padre cruel,
mas privilejiame de él
mi firmeza inespugnable,
que aunque á todos formidable,
no hiere el rayo al laurel.
Cuando de mi amor discuerde
y me amenacen congojas,
no porque tiemblen las hojas
su frescura el laurel pierde:
siempre firme, siempre verde,
sus rigores me verán,
y si en perseguirme dan,
morir es total remedio,
que mi amor no admite medio
entre la muerte y don Juan.

ESCENA V.

DECORACION DE PLAZA,
con dos puertas y dos balcones contiguos y practicables.

Don Carlos y don Juan.

D. Carlos.

No ví noche mas clara, y agradable,
el diciembre se ha vuelto en mayo afable.

D. Juan.

¡Ai Conde, y señor mio!
si amor rapaz es todo desvario,
y como niño estima
juguetes con que mas su fuego anima,
un favor, un juguete,

venturas esta noche me promete,
que alegren mi tristeza,
si del modo que acaba el año, empieza.

D. Carlos.

Dejad estilos graves,
pues los de la amistad son mas suaves,
que siendo vos mi amigo,
este es solo el blason á que os obligo:
aunque tan recatado
anda de mi amistad vuestro cuidado,
y en él tan poco os debo,
que llamaros amigo no me atrevo.

D. Juan.

Creed que si fiárosle rehuso,
no es por dudar de vos, mas por el uso
que yo frecuento poco,
no ha de juzgarme amante, pero loco:
oid filosofias
de un peregrino amor, que ha muchos dias
que siéndole obediente,
en mi es naturaleza, no accidente;
pero con presupuesto
que no ha de serós Conde, manifiesto
el nombre de la dama,
que me ha juramentado, y de mi llama
tanto el silencio estima,
que hasta en los ojos su secreto intima.

D. Carlos.

Decid, que yo os prometo
que por mí no peligre ese secreto.

D. Juan.

Yo, don Carlos, adoro
la perla mas que al nacar, mas que al oro
al diamante que engasta,
la forma mas que á su materia basta:
quiero decir con esto,

que adoro á un alma con amor honesto
tan libre de apetito,
que aun el pensarlo, juzgo por delito.

D. Carlos.

Las gracias de un valiente entendimiento
enamoran tal vez al pensamiento:
mas si él solo os recrea,
la dama que encubris, será tan fea,
que el apetito os tasa,
y amando al dueño, perdonais la casa.
¿De qué sirven los ojos,
si estímulos no son de sus despojos?
¿Teneisla por hermosa?

D. Juan.

Sol de los cielos es, del mayo rosa,
y con ser como os la pinto,
mi amor del ordinario es tan distinto,
que puesto que mi vista
se deleita de paso, y no la asista,
sin detenerse en sus despojos bellos,
viriles son los ojos, y por ellos
adoro al huesped, que en tan noble casa
mi voluntad honestamente abrasa.

D. Carlos.

Bien dicen que es locura
amor, que en cada cual mostrar procúra
el modo en que se estrema;
mas, don Juan, cada loco con su tema,
que yo no me acomodo
á amar la parte á solas, sino al todo:
mas ¿vivis satisfecho
que os corresponde con lealtad su pecho?

D. Juan.

Estoi cierto que vivo
sin competencia en él, y que recibo

favores, bien que honestos,
al yugo alegre del amor dispuestos;
y porque no os dé enfado
el presumirme necio confiado,
advertid que no ha una hora
que echando suertes, fue mi protectora
fortuna, de manera,
que me cupo mi dama, y que me espera
por esto tan gustosa,
que el parabien se ha dado de mi esposa:
oid el epígrama,
con que la suerte á su favor me llama.
»*Téndrasle de celos loco,* (Lée).
»*mas vencerá tu firmeza,*
»*que en premio de tal belleza,*
»*nunca mucho costó poco.*»
Esto me ensoberbece, esto me escribe.

D. Carlos.

¡Qué de engaños, don Juan, os apercibe
la propria confianza!
El mar y la mujer, todo es mudanza:
ese favor, testigo
del gozo con que os veo, esa fineza
sorteada por vos, fue sutileza
de un injenio doblado, que conmigo,
como con vos procura,
siendo arte, persuadirnos que es ventura:
antes que yo os hallara,
vino su confidente en busca mia:
y antes que pronunciara
las nuevas que entre engaños me traia,
disfrazando intereses en caricias,
en costa me condenan sus albricias:
oid la letra agora
comun de dos, de quien os enamora.
»Téndrasle de celos loco, (*)

(*) Recitando como de memoria.

»mas vencerá tu firmeza,
»que en premio de tal belleza,
»nunca mucho, costó poco.»

D. Juan.

¿Pues esa no es la misma que yo os dije
qué acaba de enviarme?
Sin duda vos quereis desatinarme.

D. Carlos.

Esta os dirije,
y esta me remitió, porque hai ya versos
que sirven á propósitos diversos.

D. Juan.

A tanta costa mia
venció vuestra probanza mi porfia,
que si mi muerte instantes se dilata,
ni el basilisco mata,
ni el rayo es homicida,
ni el aspid salteador de nuestra vida.

ESCENA VI.

El Conde, solo.

Envidia tengo á este hombre,
curioso deseo ver esta hermosura,
esta ecsajeracion, esta pintura,
esta mujer sin nombre,
que finjo que me quiere, y que la adoro
la letra y suerte repeti de ecro,
que le usurpó mi envidia de los labios,
celosos, sin noticia mis agravios,
registraré advertido
sus pasos, sus acciones, sus sentidos,
hasta sacar si son ponderaciones,
ó verdades en ella perfecciones.

ESCENA VII.

Doña ELISA y LEONOR, en el balcon.

D.ª ELISA.
Mira si pasa don Juan.

LEONOR.
Quérrasle arrojar las suertes
de los santos y la dama.

D.ª ELISA.
¿Para qué, si ya las tiene?
Ai Leonor, las que mi padre
violenta, mi amor remedie
pues si don Juan las ignora
creerá, cuando no aproveche,
que le agravian mis mudanzas,
y es mi padre quien le ofende.

LEONOR.
Pared en medio á tu prima
tenemos, si nos oyese
desde ese balcon vecino,
lo que sospechó aparente
la abrasará certidumbre.

D.ª ELISA.
Escríbile que viniese
á remediar con industrias
peligros; poco le deben
mis finezas.

LEONOR.
No lo sabe,
ni hai sosiego que desvelen
seguridades de amor,
cuando ignora inconvenientes.

A tener competidor
tú don Juan....

D.ª Elisa.

¿ Pues no le tiene ?

Leonor.

Y tú un padre que no sufre
inobediencias rebeldes.

ESCENA VIII.

Las mismas al balcon y doña Ana al suyo.

D.ª Ana.

¡ Miren si salió adivina
mi sospecha ! Ni la ofenden
inclemencias de la noche ,
ni testigos que revelen
desaires patrocinados
de un balcon su confidente :
quiero escuchar á mi prima ,
que ya los celos me ofenden.

Leonor.

En la conseja está el lobo ,
doña Ana ha salido , vete ,
no ocasiones pesadumbres.

D.ª Elisa.

Como tu á don Juan esperes ,
y le digas lo que pasa ,
lo cuidadoso , que escede
á cuantos hasta aquí amaron.

ESCENA IX.

Doña Ana y Leonor, cada cual á su balcon.

Leonor.

Hárelo, mas si me tiene
el amor por doble espía,
y doña Ana por su ajente,
que me obliga á defraudarla
sazones que el gusto teje:
este es don Juan, yo neutral:
los dejo, viva quien vence.

ESCENA X.

Don Juan, Corral en la plaza y doña Ana al balcon.

Corral.

Todo lo que te he contado,
con su padre me pasó.

D. Juan.

¿En fin don Pedro llegó?

Corral.

Y dicen que está hospedado
en esa casa que ves,
y conoces, pues su dueño
tanto te ama.

D. Juan.

Si no es sueño,
yo estoi loco.

Corral.

El interés

del esposo de futuro,
al viejo está dando prisa.

D. Juan.

¿Y estaba delante Elisa?

Corral.

Tan bañado el candor puro
del crítico rosicler,
que estas nuevas la feriaron,
que aun no se disimularon
viéndome allí.

D. Juan.

Al fin mujer:
¡Ah cielos!

Corral.

Ya habrá su olvido
clamoreado por tí:
mas doña Ana vive aquí,
vuelve á casa pan perdido:
ama á quien te corresponde,
que Elisa en sustancia, y modos,
es libro de para todos,
de tí, don Pedro y del Conde.

ESCENA XI.

Los mismos, al balcon doña Elisa y Leonor.

D.ª Elisa.

Yo le he sentido en la calle,
mi padre duerme seguro,
si remedios no apresuro,
perdercle.

Leonor.

Llega á hablalle,

y date prisa.

D.ª Elisa.

Ai Leonor,
por doña Ana no me atrevo.

D.ª Ana.

¿Aquí don Juan? no es nuevo,
puesto que lo sea el amor,
que en mi ingrata prima muda,
hallarle aquí la mañana
todos los dias.

D.ª Elisa.

Doña Ana,
hasta aquí celosa en duda,
si hablando con él agora
me viese, confirmará
malicias.

Leonor.

Mejor será
que te retires, señora,
pues si tu padre despierta,
y nos coje en el balcon,
ya sabes su condicion.

D.ª Elisa.

¡Ai desdichas, que voi muerta!
dárasle mañana aviso
del mal que pared en medio
si amor no busca remedio,
nos asaltó de improviso.

Leonor.

Hárelo.

D.ª Elisa.

¡Qué eterno plazo
para quien muere de prisa!

ESCENA XII.

Los precedentes menos doña Elisa y Leonor que se retiran del balcon.

D. Juan.

Entrose ?

Corral.

Entrose la Elisa ,
y pégonos ventanazo.

D. Juan

Pues yo en su busca....

Corral.

¿Estás loco ? (*)

D. Juan.

He de saber si se dan
premios.

D.ª Ana.

¡Ah señor don Juan !
puesto que me debais poco
por el huesped que aposenta
mi casa , y de vuestro amor
es dichoso usurpador ,
¿ qué esperanzas os violenta ?
por lo bien que os he querido ,
por lo mal que habeis pagado
finezas de mi cuidado ,
retornos de vuestro olvido ;
si los desengaños curan ,
quisiera en vuestros desvelos
ser médico.

(*) Pretende entrar en su casa y Corral le detiene.

CORRAL.

Dala celos
á Elisa, que estos apuran
mudanzas convalecientes,
finje que á doña Ana adoras,
que industrias competidoras,
son torcedores valientes:
pene, rabie, muerda el ajo.

D.ª ANA.

¿Tan enajenado estais,
señor don Juan, que faltais,
hasta en esto os aventajo,
á obligaciones corteses
pues aun no me respondeis?

D. JUAN.

En parte acertado habeis,
pero no en los intereses
que á este sitio me han traido,
si vuestro enojo imajina
que son por vuestra vecina,
porque en fé de haber perdido,
por culpa mia, el favor
que le debí á vuestro agrado,
al paso que escarmentado,
vuelve corrido mi amor.
Ni tiene lengua mi culpa,
ni es justo que la pretenda,
si asegura mas la enmienda
quien callando se disculpa.
Amor que ignora el desden,
ciego, y niño, como tal
muchas veces se halla mal
en donde le tratan bien.

D.ª ANA.

Niño que da pesadumbres,
y regalado se vá,

¿quién nos le asegurará
vuelto con malas costumbres?
Mucho hai en él que temer,
que es compasion peligrosa
el veros, aunque piadosa,
amarme á mas no poder.
Pero, en fin culpas primeras
en rapaces, dignas son,
por esta vez, de perdon;
volviendo pues á las veras,
ya sabreis que es huesped mio
don Pedro, el que ha de ser dueño
de mi prima, este es empeño
de don Alonso mi tio,
y gusto tambien de Elisa,
que aficionada por fama,
de Talavera le llama,
y por escrito le avisa:
lo que con ella han podido
noticias que de él la dan:
prometoos señor don Juan,
que vuestro agravio he reñido.
Resuelta en fin me responde
que á su padre agradar trata.

D. Juan.

Es tan mudable esa ingrata,
con don Pedro, con el Conde, (*)
conmigo, con vos, ¡Ah cielos!
¡ah agravios! ¿como no entrais?
¿cómo?...

D.ª Ana.

Don Juan, ¿dónde vais?
¿vos en mi presencia celos
y os blasonais de enmendado?

Corral.

Di nones á la garrucha,

(*) Quiere entrar.

cuerpo de Dios, que te escuel.
doña Belerma, y la has dado
cuerda con tu sentimiento;
pide á doña Ana perdon:
mas cebolla al salpicon,
mas vinagre, mas pimiento.

D.ª Ana.

Poco mi presencia os debe,
no don Juan, andad con Dios. (*)

D. Juan.

Señora, señora, á vos,
que sois mi dueño, se atreve
esta calentura loca,
que porque agravios olvide,
en fé que ya se despide,
salió su fuego á la boca.

Corral.

Ya está para vos barrida,
desembarazada ya,
la lengua dijo: agua vá,
jugó á salga la parida.

D. Juan.

Quedo necio; mejoró
mi amor en vos de deseos.

ESCENA XIII.

Los precedentes, doña Elisa al balcon.

D.ª Elisa.

Don Juan, don Juan, recojeos,
ea, que os lo mando yo.

(*) Quiérese entrar.

ESCENA XIV.

Los anteriores menos doña ELISA.

CORRAL.

Oigan allí que Yo el Rei:
no te des por entendido,
prosigue.

D. JUAN.

Ya he conocido
la fé, la lealtad, la lei
que en vos perdí, por ser loco:
Fenix sois única, y rara,
el bien que no se compara
con otro, se tiene en poco:
si la fé que manifiesto
vuestros enojos no ablanda....

ESCENA XV.

Dichos, y doña ELISA al balcon, poco despues LEONOR.

D.ª ELISA.

Don Juan ¿sabeis quien os manda
que despejeis ese puesto?

LEONOR.

Que estás en riesgo notable,
y es todo oidos mi señor.

D.ª ELISA.

? Qué riesgo? ¿Qué mal mayor?

LEONOR.

Ven.

D.ª ELISA.

Para este don mudable. (*)

ESCENA XVI.

Los mismos, menos D.ª ELISA y LEONOR.

D. JUAN.

Fuéronse?

CORRAL.

Dadas á perros.

D. JUAN.

A Dios, doña Ana.

D.ª ANA.

Esperad.

D. JUAN.

Celos son temeridad,
que abrasada, hace estos yerros:
yo no os quiero, yo no os amo.
yo doña Ana, adoro á Elisa.

ESCENA XVII.

Doña ANA y CORRAL.

D.ª ANA.

¡Corral! ¡Corral!

CORRAL.

Voi deprisa.

(*) Locucion del habla castellana: se decia antiguamenmente DON JUDÍO, &c., por desprecio del DON.

D.ª Ana.

¿No le llamas?

Corral.

No le llamo.

D.ª Ana.

¡Ah cielos! ¡Ah industrias vanas!
¡ah amor! ¡locura, y no Dios! (Vase).

Corral.

Echaos del balcon las dos,
irán rocin y manzanas.

ESCENA XVIII.

D.ª Elisa y Leonor en la plaza.

D.ª Elisa.

Déjame, Leonor, que aquí
no hai riesgo cuando nos halle.

Leonor.

¿No? ¿En el zaguan de la calle?

D.ª Elisa.

¡Ai, que estoi fuera de mí!
Mira si habla todavia
don Juan con esa mujer.

Leonor.

Vuélvete tu á recojer
y corra por cuenta mia
el reducirle á tu amor.

D.ª Elisa.

Si tu salieses con eso...

Leonor.

Celos te alteran el seso.
Halla casi poseedor

de tu belleza, y tu casa
á un hombre recien venido,
piensa que tú le has traido:
¿qué mucho, pues, si se abrasa?
Desengañárele yo.

D.ª Elisa.

Ya sospecho que se fué.

Leonor.

¿Qué importa? su casa sé.
Ya el alba se esperezó,
presto asomará despierta;
con ella amanecerá
tu esperanza, vete ya,
y confíame esta puerta.

D.ª Elisa.

Leonor, si me le reduces,
redimistes mis desvelos.

Leonor.

Los crepúsculos y celos
andan siempre entre dos luces,
saldrá el sol que los alumbre,
si es sol bello el desengaño.

D.ª Elisa.

Voime pues. (Vase).

Leonor.

Año, buen año:
enredar es mi costumbre,
con el año que hoi comienza,
embustes he de empezar,
que no sepa desatar
la mas hembra sutileza.

ESCENA XIX.

Don Juan, Leonor y Corral.

Corral.

¿Pues á qué diablos volvemos
á andar otra vez la anoria?
Hoi dormimos de memoria.

D. Juan.

Mis impacientes estremos
me sacan fuera de mí;
aquí se encendió mi fuego,
aquí perdí mi sosiego,
y vuelvo á buscarle aquí.

Leonor.

Señor don Juan, dos razo nes
por despedida no mas.

D. Juan.

¡O mi Leonor! si tu estás.
de por medio, mis pasiones
ya se me vuelven en gozos.

Leonor.

Mensajera soi, no tengo
la culpa, de parte vengo
de mi señora: los mozos
como vuesasted mudables,
con brevedad se consuelan
de agravios que los desvelan,
pues no hai celos incurables.
Dicele pues, mi señora,
que en fé de que no merece
á vuesasted, y obedece
á su padre, que está agora
resuelto en darnos marido,

y esta mañana han de ser
las vistas, pretende ver
finezas de bien nacido
en vesamested, echando
tierra á pasados favores,
pues no siendo mas que flores
ellas se iran marchitando.
Que le asegura que está
notablemente prendada
de la presencia aliñada
de quien la mano la dá.
Ella en fin dice que es justo
ser á su viejo obediente,
y mas viendo que al presente
preceptos añade al gusto.
Que le suplica, y conjura
con todo encarecimiento,
no desazone el contento
que la ofrece esta ventura.
Que deña Ana tiene accion
á su antigua voluntad,
hechizos en su beldad,
picante en su discreccion.
Que no la haga mal casada,
y que desde hoi mas, á Dios
don Juan, porque para vos
esta es la puerta cerrada.

ESCENA XX.

Los mismos, menos LEONOR que entra cerrando la puerta.

CORRAL.

Dice, y hace: echó la aldaba.

D. Juan.

Este desengaño ha sido
Santelmo de mi sentido.
¡Quê derrotado que andaba!
¡Plegue á Dios, si mas pisare
estas piedras, si pusiere
aquí los pies, si la viere,
si mas de ella me acordare,
que un rayo!... Ya tengo vida.

Corral.

Celos son mal cirujano,
porque curan sobre sano,
y respiran por la herida.

ESCENA XXI.

Elisa y Leonor en la plaza.

Leonor.

¿No nos oistes?

D.ª Elisa.

No pude,
porque estaba algo distante.

Leonor.

Pues, señora, nuestro amante
á obligaciones acude,
que por primeras estima;
no hai poderle convertir:
agora le ví salir
de visitar á tu prima,
persuádile, pero en vano
á tus finezas le obligo,
porque dice que es amigo
de don Pedro, y que la mano
delante de él ofreció

á doña Ana, que obedezcas
á tu padre, y apetezcas
dueño que el cielo te dió,
que fué una quimera loca
su amor, y sin aguardarme
me dejó, por no escucharme,
con la palabra en la boca

ESCENA XXII.

D.ª Elisa, Don Juan, y Corral alborotado.

Corral

¿Otra vez á aqueste sitio?

D. Juan.

Morir quiero por matar:
hoi veremos si á firmezas
es razon....

Corral.

¿Adonde vás?

D. Juan.

¿No te digo que á morir
por dar muerte?

Corral.

No has de entrar.

D. Juan.

¿Tú me impides? ¡vive el cielo!...

Corral.

Vivió, vive, y vivirá.

D. Juan.

¿Quieres que la daga saque?

Corral.

Llamarante irregular.

D. Juan.

Apártate, no ocasiones....

Corral.

Tú las ocasiones das.

D. Juan.

Besoos, señora, la mano (Á D.ª Elisa.)

D.ª Elisa.

¡Jesus! señor ¿aquí estais?
suspensiones cuidadosas
hijas de una novedad,
me escusen no haberos visto.

D. Juan.

Como es dueño principal
de los sentidos el alma,
y en ella aposesionais,
al dichoso que os merece,
¿quién duda que os llevará
para darle la obediencia
la vista que me negais?
Yo tambien interesado
en vuestra felicidad,
por vecino y por pariente,
si este título estrañais,
por doña Ana vendré á serlo,
en grado de afinidad,
vengo, todo parabienes
de esperanzas, que veais
brevemente posesiones,
y estas duren siempre en paz,
siglos que juzgueis instantes.

D.ª Elisa.

En ellos, señor don Juan,
eterniceis con mi prima
tan cuerda conformidad;
que yo, mil veces dichosa
con el deudo que me dais,

el parabien os retorno.

CORRAL.

Con salsa de para mal.

D. JUAN.

Vengo á veros, demas de esto,
porque os quisiera escusar
lástimas impertinentes,
que es fuerza que me tengais.
Juzgareis que permanecen
cenizas, para señal
de incendios, que recien muertos
palpitando agora están.
Pues no Elisa, no por esto
las sazones impidais
que os ofrece Talavera,
que no lo son con azar.
Mi libertad despedida,
ya de veras libertad,
para volverse á su centro,
me anduvo anoche á buscar.
Encontróla vuestra prima,
y como la voluntad
de criados que son fieles
suelen reliquias dejar
de aficion en sus señores,
fué fácil en su piedad,
que olvidando sentimiento
se volviese á acomodar.
No ha mejorado de dueño,
pero tan contenta está,
que si os faltasen los gustos
os los pudiera feriar.

D.ª ELISA.

Teneis vos tan movediza
el alma que vida os dá,
que en dos dias se envejece
violentada en un lugar.

Quien dueños á meses muda,
por mas que sirva, no hará
palacios con azulejos.

CORRAL.

Acoto con el refran.

D.ª ELISA.

No os tengo lástima á vos,
pues siendo la liviandad
tan propia cosecha vuestra,
seguís vuestro natural.
A doña Ana sí, y no poca,
que podrá con vos juntar
al pésame de perderos,
los pláceme que la dan
segunda vez de adquiriros,
porque en vos tan cerca está,
en materia de firmezas,
el salir, como el entrar.

D. JUAN.

Quisiérades vos ahora
contra la serenidad
y quietud de mis afectos,
que vos infiernos juzgais,
que ofendida mi paciencia
soltará todo el raudal
de amenazas, y locuras,
que acosumbran fulminar
los agravios y los celos,
que me empiezan á matar.
Pues creedme, á fé de libre,
que á poder vos registrar
lo que pasa acá en mi pecho,
dónde ni estareis, ni estais,
os partiérades corrida;
porque no se juzga ya
si á amantes no desespera
por valiente una beldad.

D.ª Elisa.

Por vida vuestra que os creo:
aunque el ver cual madrugais
á alegar satisfacciones,
me ha dado que sospechar.
¿Qué sería si así fuese?
que ya yo ví rotular
libros en el pergamino,
que siendo de humanidad,
pasan plaza de devotos,
profanando su disfraz.

D. Juan.

Pues hagamos una cosa
vos y yo, porque creais
cuan preservado me tienen
escarmientos de este mal:
yo quedaré por perjuro,
sin palabra, sin verdad,
sin estima, sin nobleza,
como vos lo propio hagais.
¿Qué respondeis?

D.ª Elisa.

Que seré
en eso tan puntual,
como en pediros ahora
que me dejeis, y que os vais,
y para que echeis de ver
con cuanta conformidad
estamos los dos en eso,
añado una cosa mas
que os desengañe del todo.

D. Juan.

¿Y es la cosa?

D.ª Elisa.

Que os sirvais
de que yo madrina sea

de doña Ana.

D. Juan.

Será igual,
Elisa, mi desempeño,
si me permitís honrar,
siendo yo vuestro padrino.

D.ª Elisa.

¡Jesus! con eso estaran
cabales todas mis dichas.

Corral.

Fuego de Dios cual se estan
abrasando unos con otros.
¿Mas qué para en tempestad?

D. Juan.

En fin ¿estamos conformes
los dos en esto?

D.ª Elisa.

Y qué tal.

D. Juan.

¿Quién primero se acordare
del otro?...

D.ª Elisa.

Merecerá
descréditos de perjuro.

D. Juan.

Mucho haréis si lo jurais.

D.ª Elisa.

¿Yo? Por vida de don Pedro:
pretendereisos vengar
jurando la de mi prima,
que todo vuestro caudal
se ha cifrado en ese juro.

D. Juan.

Eso os debe de abrasar;
mas la vida de don Pedro

no es cosa en que mucho os va.

D.ª Elisa.

¿No? ¿Habiendo de ser mi esposo?

D. Juan.

Hasta ahora libre estais,
yo sé que vuestra alma esconde
otro que os importa mas:
jurad por él y os creeré.

D.ª Elisa.

¿Y es?

D. Juan.

Por vida de don Juan.

D.ª Elisa.

¡Jesus, que gran desatino!
No me acordaba de él ya.
¿Vos no veis, si por él juro,
que habiéndole de nombrar,
pierdo con vos el apuesta?
Dios le perdone.

D. Juan.

Jurad
por vida de todo aquello
que mas quereis y estimais.

D.ª Elisa.

Don Pedro viene á ser ese.

D. Juan.

Si es don Pedro ¿qué se os da?

D.ª Elisa.

¿Para qué he de repetirlo?

D. Juan.

Que engañosa ¿qué rehusais?
Jurad por vida de Cárlos.

D.ª Elisa.

¿Qué Cárlos?... ¿El de Roldan?

¿O el español Carlos quinto?

D. Juan.

Negad, Elisa, negad
un Conde, que en vuestras suertes
sirvió de encuentro y azar
por encontrarse en mis dichas,
hallándose tan capaz
en vos el alma, que á un tiempo
tres en ella aposentais,
á don Pedro, á mí, y al Conde,
y entre ellos mi libertad,
mas que todos infelice,
porque os supo querer mas.

D.ª Elisa.

¿Qué Cárlos? Qué Conde es ese?
¿Qué azares? ¿Qué encuentro? ¿Estais
don Juan en vuestro juicio?
Descaminos enfrenad,
ó vive el cielo....

D. Juan.

Sentís
aprietos de la verdad,
que en fé, mudable, de serlo,
se tienen de rubricar
con mi sangre (*)

D.ª Elisa.

¿A la daguita
la mano? ¡ó qué singular
paso para una comedia
de las de veinte años ha!

(*) Vá á sacar la daga, y detiénele el brazo doña Elisa.

ESCENA XXIII.

Los mismos y LEONOR.

LEONOR.

Tu padre, prima, y don Pedro,
entran á verte.

D.ª ELISA.

Don Juan,
yo te quiero, yo te estimo,
yo te adoro, cesen ya
burlas que abrasan de veras:
paren enojos en paz.
Entraté en ese aposento,
y en él oculto, serás
testigo de las finezas
de un amor por ti inmortal.
Escóndete hasta su tiempo

D. JUAN.

Un siglo, un hora será.
¿si te casas? ¿si me olvidas?

D.ª ELISA.

Por la hermosa claridad
del sol, padre de las jentes,
por la vida que me das,
viéndote amante, y con celos,
y por tí, que es mucho mas,
de morir, ó ser tu esposa.

LEONOR.

Que entran, señores.

D.ª ELISA.

Don Juan.
si doña Ana te me usurpa

¿ qué he de hacer ?

D. Juan.

¿ Cómo podrá
contra el sol la obscura noche
resplandores alegar ?

D.ª Elisa.

¿ Entras ?

D. Juan.

Entro con la fé
de tu palabra. (Vánse los dos.)

Corral.

¿ No habrá
Leonor, para mí un candil ?
que á oscuras he de maullar
como gato entre dos puertas.

Leonor.

No hai gota en él.

Corral.

Pues serás
virjen loca, si no hai gota.

Leonor.

¿ Y tú ?

Corral.

¿ Yo ? Gota coral.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion con que ha terminado el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE CARLOS y LEONOR.

CONDE.

Tengo un poco que deciros.

LEONOR.

¿Vos á mí? viniera bien
si yo fuera Inés, aquello
de un poco te quiero Inés.

CONDE.

Decis verdad, mas no sufre
la prisa con que me veis
el remate de la copla,
yo te lo diré despues;
porque si esta ocasion pierdo,
la esperanza perderé,
que en vuestro favor estriva.

LEONOR.

Terrible tiempo escojeis:
mi señor, en esa sala,
que divide esta pared,
con su hija y con don Pedro,
hoi su yerno, ausente ayer,

conciertan las escrituras,
y están presentes con él
su sobrina, y de ambas partes
deudos que han venido á ser
testigos de nuestras bodas;
pues la hora, ya la veis,
las doce el reloj ha dado,
y vinieron á las diez. (*)
¡Hai! ¿qué es esto que en la manga
suena?

CONDE.

¿No os alboroteis,
que aunque pesan, no son cantos
que os descalabren.

LEONOR.

¿Pues qué?

CONDE.

Unos pocos de doblones,
para que faciliteis,
deseos que cumple á damas
la calle del interés.

LEONOR.

En el siglo de vellon
¿doblones vos? entrareis
mejor, si ansi granizais,
que el planeta jinovés.
Valdada me habeis cojido
del manjar, que siempre fué,
cuando se hace el amor hombre,
codillo de la muger.
Parecéisme un pino de oro,
pues fruto de oro ofreceis,
y ellos en fé de difunto,
cada cual será un ciprés.
¿Amais á Elisa, ó doña Ana?

(*) Échala en la manga un bolsillo.

CONDE.

Antes que noticia os dê
de mi amor, que en vos consiste,
deciros quien soi es bien.
¿Conoceis al Conde Cárlos?

LEONOR.

¿Conde Claros sois? Tendreis
como las obras el nombre,
porque no puede ofrecer
doblones, estrellas de oro,
sino un cielo, cuando esté
claro como un Conde Claros.
Ya yo he oido encarecer
á un don Cárlos, señoria,
nuestro vecino, de quien
dicen que si en nombre es César,
que en el obligar es Rei.

CONDE.

Yo sacaré verdadera
con vos esa fama, haced
mis partes, y si se logran,
Leonor mia, no cuideis
de vuestro dote y ventura.

LEONOR.

Besoos la mano y el pie,
que atada de ellas y de ellos,
vuestra esclava soi.

CONDE.

Oid pues.
Encajérome un amigo
que tengo, y vos conoceis,
con tanto estremo esta noche
la dama que quiere bien:
tanto encareció sus partes,
tan suspenso le escuché,
tan ponderativo anduvo,

tan curioso yo con él,
que ausentándose de mí,
sin dármela á conocer,
en su retrato mi envidia
pienso que puso el pincel.
Como de la novedad
la admiracion hija es,
y ésta madre del deseo
juzgad de tanta preñez
cual saldria el apetito,
porque en mí fué tan cruel,
que obediente á sus impulsos
su amistad atropellé.
Hice seguirle á un criado,
fué diligente tras él,
vióle en casa de doña Ana
que la amaba sospeché.
Digna fuera su hermosura
de abrasarme, á no saber
que don Juan adora á Elisa,
porque saliendo despues
de con doña Ana, turbado
en la calle le escuché
fulminar con quien le sirve
las locuras que un desden,
un olvido, una mudanza,
suele arrojar de tropel.
Impediale el criado
la entrada, por conocer
el riesgo de sus arrojos;
pero tan en vano fué,
que apesar de sus avisos,
yo mismo le ví poner
la mano ciego á la daga,
y en sus humbrales los pies.
Entró en fin, habrá dos horas,
mas no salió, vos sabreis
como confidente suya,

Leonor, lo que se hizo de él.
Que yo con celos, primero
que amante, un rato dudé
á las puertas de la calle,
entré celoso y cortés,
si entraria ó no entraria,
hasta que por no ofender
la quietud de quien adoro,
mis deseos retiré
de su padre, de don Pedro,
don Alvaro, don Miguel,
doña Ana, y otros amigos,
entre todos cinco, ó seis,
que son los que estan ahora,
conforme dicho me habeis,
haciendo las escrituras,
y dándola el parabien.
Disimúleme criado
con los demas, y llegué
á la presencia de Elisa,
mereciendo en ella ver
tanto cielo, gracia tanta,
que don Juan quedó esta vez,
aunque dijo cuanto supo,
avaro en encarecer.
Yo la adoro, Leonor mia,
yo estoi loco, podrá ser
que cuanto mas imposible
mis esperanzas la ven,
me parezca mas hermosa,
sin ella, no lo dudeis,
es la vida en mí tan árdua
como cortado el clavel.
Vos sola sois mi remedio,
vos teneis sola poder
para conservar mis años
en el mayo en que los veis.
¿No es mejor para condesa

la hermosa Elisa, no es
mejor para señorío,
Leonor, que para merced?
Pues con una accion no mas
que en mi abono ejecuteis,
ella os deberá mi estado,
yo por vos vida tendré.

LEONOR.

Conde, decid, qué doblones
en mangas deben de ser
granos, por san Juan, de helecho,
pues desde que los toqué
os quiero mas que á mi vida.

CONDE.

Quinientos de ellos tendreis
para casaros seguros:
oidme, y proseguiré,
don Pedro, Elisa, su padre,
y los demas que sabeis,
con las dichas escrituras,
quieren mi sepulcro hacer.
En el semblante de Elisa,
que siempre del alma fué
intérprete fidedigno,
el pesar hechó de ver,
con que estas bodas permite,
no sin causa malicié
que don Juan es el motivo
de que no las lleve bien.
Si vos antes que se firme
el rigoroso papel,
alegando nulidades,
por mi esperanza volveis,
diciendo fuisteis testigo
de que su palabra y fé
me dió, con la mano hermosa,
y que no consentireis

que por temor de su padre,
quebrando al cielo la leí,
que en estos casos dispuso,
vos por ella os condeneis,
sus intentos estorvais,
yo en fin resucitaré,
vos tendreis en mí un amigo,
y á Elisa redimireis.
¿Qué decis?

LEONOR.

Que ya es mas caro
Conde, de lo que pensé,
el oro que me enmangastes:
¿pero qué tengo de hacer?
Mas si á los primeros lances
¿pretende el viejo cruel
ser en mi Leonoricida
quién me podrá socorrer?

CONDE.

Yo, Leonor, yo, que he de estar,
si advertida me escondeis,
donde de vuestras ajencias
siendo testigo, sea juez.

LEONOR.

Alto, nunca las hazañas
discursivas han de ser;
todo consejo es cobarde,
si padre del miedo es.
Entrareis al aposento,
que es donde duermo, y poned
toda el alma en los oidos,
sabrán lo que me debeis.
En el otro está don Juan:
á pares empieza el mes (Aparte)
en mi casa las tramoyas;
Conde es Cárlos, yo mujer,
doblones los que me hechizan.

¿Entras?

CONDE.

Entro, para hacer
vuestra fortuna envidiada.

LEONOR.

Dios vaya conmigo, amen.

ESCENA II.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DON PEDRO, con puerta practicable en el fondo.

Don ALONSO, don PEDRO, doña ANA, Doña ELISA y convidados.

D. ALONSO.

Elisa, no ocasiones
sospechas á tu fama,
que ni te han de valer tus evasiones,
ni á quien con tantas veras y fé te ama
consentiré quejoso,
pues con tu gusto vino á ser tu esposo.

D.ª ANA.

Prima, si esta no es tema,
y quieres á don Pedro ¿qué hai que tema
la dilacion de un dia que encareces?
Quien liberal da luego, da dos veces.

D.ª ELISA.

Deja para los viejos,
pues que no peinas canas, los consejos:
si no es que interesada
te importa verme á mi pesar casada.
Conozco lo que medro,
feliz consorte del señor don Pedro,
y estoi reconocida.

al amor que me muestra;
mas tengo prometida
una novena á la patrona nuestra
de Atocha, y asi trato
que se quede por hoi este contrato.

D. Alonso.

Cumplela desposada
con mas quietud, y menos rejistrada;
que aunque las estaciones
son tan santas de suyo, hai ocasiones
en que las juventudes
profanan ejercicios de virtudes.
No apures mi paciencia,
firma esas escrituras,
ó apercibe tu loca resistencia
á un convento de Lerma, en que tus tias
en su clausura enmienden tus porfias,

D.ª Elisa.

Escojo, pues á mi eleccion lo dejas,
por mejor, que entre rejas
sujeta siempre viva,
que á quien no tengo amor servir cautiva;
pues si uno y otro al fin es cautiverio,
mas noble me le ofrece un monasterio;
y mas vale, medrando eterno nombre,
ser esclava de Dios, que de un hombre,
y porque creas cuan constante afirmo
la determinacion de tus venganzas,
rasgo en estos papeles esperanzas,
que de esta suerte yo violencias firmo. (*)

D. Alonso.

Deten, inadvertida,
la mano, si no intentas que tu vida
mi enojo satisfaga. (Saca la daga).

(*) Rasgalas

LEONOR.

¿Está en sí vuesasted? Tenga la daga,
que siendo tan cristiana mi señora:
la chanza encajo agora, (Aparte.)
y esposa de quien burla presumidos,
no ha de tener á un tiempo dos maridos.

D. ALONSO.

¿Qué dices?

D. PEDRO.

¿Cómo es eso?

D.ª ELISA.

¿Estas en ti Leonor?

LEONOR.

Todo mi seso
está como solia.
Señores, mi señora es señoría,
un Conde la confiesa,
él por su esposa, yo por mi condesa:
ayer la dió la mano,
besándosela amante y cortesano:
yo fuí el cura y testigo.

D.ª ELISA.

Desatinada advierte. (A Leonor.)

LEONOR.

Ve conmigo, (A Elisa.)
que esto importa al engaño.

D.ª ELISA.

¿Pues no ves que resulta ya en mi daño
que está don Juan oyendo tus quimeras,
y que ha de imajinar que hablas de veras?

LEONOR.

En vano me cohechas al oido. (Alto.)
mas quiero mi conciencia: tu marido
es el Conde don Cárlos.

Ve conmigo, que asi puedes burlarlos(*)

ALONSO.

¿Qué Conde, ó desventura?

LEONOR.

Esto es notorio:
en mi presencia se hizo el desposorio.
¿De qué forman espantos?
¿Es mucho un Conde donde sobran tantos?
El jura, endoselando estas paredes,
en señorías mejorar mereedes,
y que apetezea yo, no es maravilla,
ver las espaldas vueltas á una silla.

D. ALONSO.

Ya digas la verdad, ó ya estés loca,
tu atrevimiento mi furor provoca
á que en tu sangre vil..... (Va á darla.)

LEONOR.

¡Jesus María!
Conde, vuelva por mí vueseñorría.

ESCENA III.

Los mismos y el Conde.

CONDE.

La voluntad, caballeros,
que el cielo quiso ecsimir
de humanas juridiciones
no ha de violentarse asi.
Elisa en cuya belleza,
elíseos deleites ví,
puesto que allá vive el gozo,

(*) A D.ª Elisa.

y acá el amarla el vivir,
piadosa admitió respetos
del alma que la ofrecí.
Corta oferta una alma sola,
á quien quieren darla mil.
Poco mas debe de haber
de un mes, que por competir
con el sol, salió en un coche,
ella Flora, y él jardin,
á dar nueva vida al prado,
pues volviéndole á vestir
de yerba y rosa, soberbio
vió por noviembre su abril.
Díla parte de mis penas
solicité, pretendí,
sin perdonar circunstancias
que suele el amor lucir.
Correspondiólas afable,
porque hechó de ver en mí
eran una misma cosa
el prometer y el cumplir.
La víspera de año nuevo
hechó suertes, y salí,
por eleccion de los hados,
su amante, y anoche en fin
me intituló su consorte,
tan rendido, tan feliz,
que en nuestras manos amor
nuestras almas vino á unir.
Avisóme de la ofensa
en que todos incurris,
tiranizando su imperio:
caballeros, advertid
que es mi esposa, y que si os pesa
y lo quereis resistir
será fuerza el defender
mi accion y fama, ó morir.

D. Alonso.

Conde, entre los jenerosos,
siempre fué hazaña civil
hurtar el cuerpo á las leyes,
y al sol el rostro encubrir.
Elisa casi os iguala,
si la amais, como decis,
un mes ha, con fin honesto
pudiéndomela pedir,
seguro de vuestro abono,
¿por qué de noche venis
á usurpar jurisdiciones,
y esperanzas deslucir?

D. Pedro.

Intentan pobres vulgares
medrar por medio tan vil
calidades á su casa,
ennobleciéndose asi,
que lo que os disculpa en ellos,
viene á ser, pues lo seguis,
defecto vituperable,
digno en vos de correjir,

D. Alonso.

Obligueos, pues sois tan noble
la templanza que advertis,
apesar de tanto agravio,
en mi enojo, y elejid
á satisfacion de partes
esposa con quien vivir,
sin que menosprecios llore,
despues, si os arrepentis.

D.ª Elisa.

Señores, ¿qué desatinos
nos pretenden consumir
el seso con la paciencia?
Yo ¿cuándo os correspondí?
¿Cuándo os tuve por amante?

¿Cuándo, Conde, os llegué á oir
deseos de pretendiente?
¿Cuando os hablé? ¿Cuando os ví? (*)

LEONOR.

Que lo hechamos á perder,
señora, pobre de mí,
el Conde viene á librarte
con ese injenioso ardid,
de tu padre y de don Pedro.
Si esta vez sabes finjir, (*)
libre tu don Juan te queda:
que es tu esposo el Conde dí, (*)
y dalo todo por hecho.

D.ª ELISA.

¡Hai quimera mas sutil!

LEONOR.

Doña Ana ayudame ahora, (*)
que solo te importa á tí
que se case con el Conde.

D.ª ANA.

Amiga vuelve por mí: (Aparte.)
lo que Leonor me aconseja
me está de perlas; salid,
ciego amor á vuestra causa,
que si llegais á impedir,
que don Juan de Elisa sea,
mi esperanza conseguí.
El callar es ya culpable,
señores, y el resistir
al cielo, temeridad;
con Leonor testigo fuí
de cuanto ha propuesto el Conde.

(*) A doña Elisa aparte.
(*) A doña Ana aparte.
(*) A d ña Elisa aparte.
(*) A doña Ana aparte.

El la dió el alma, ella el sí,
conformidad las estrellas,
la noche ocasion; y en fin,
don Pedro culpe á sus hados,
y téngase por feliz
esta casa pues merece,
dueño tanto.

D. Alonso.

¿Qué por tí,
inadvertida, villana,
haya mi honor de salir
á la vergüenza?

D.ª Elisa.

Que encubrir
verdades tan manifiestas
no es posible; que seguí
los consejos de doña Ana,
sin poderme reducir
á querer bien á don Pedro,
y que el Conde vive en mí.

ESCENA IV.

Los mismos y don Juan que sale abriendo la puerta del fondo de golpe.

D. Juan.

Ya es infamia el sufrimiento:
déjame salir á dar
desahogos al pesar,
avisos al escarmiento:
pretender que en el tormento
sufra las penas atroces,
la congoja, y no dé voces
con el agravio, es lo mismo

que enfrenar sobre el abismo
los huracanes veloces.
Todos me habeis ofendido,
de todos juntos me quejo,
de un ciego y avaro viejo,
de un amigo fementido:
de mí mismo inadvertido,
de Elisa, en cuyo poder
me he perdido, sin temer
que es de las mudanzas dueño,
y sombra, flor, pluma sueño
la palabra en la mujer.
No ha un hora que me juró
con afectos apacibles
atropellar imposibles
que en mi favor despreció:
no ha media que prometió
ser á violencias diamante,
no ha un instante que inconstante
anegó mis esperanzas;
considerad las mudanzas
de una hora, media, un instante.
Todos mi mal prevenís,
loco, por todos padezco,
á todos os aborrezco,
pues todos me perseguís:
si estos oprobios sentís
venid á contradecirme,
sígame el necio que afirme
que no es infeliz quien ama,
que amor su imperio no infama,
y que hai hermosura firme.

ESCENA V.

Los mismos menos, don JUAN.

D. PEDRO.

Oye, don Juan, que es preciso
el medio que ha de valerme,
arrojado he de perderme,
no perdonarte remiso:
yo pondré á tu poco aviso
freno y límite bastante,
aunque desde aquí adelante
juzge quien mi agravio siente
que le restauraré prudente
si le descuidé ignorante.
Prevencion discreta ha sido,
Elisa, la que hecho habeis,
pues por que os sobren teneis
en cada sala un marido:
de los tres que hemos venido
podreis á gusto escojer,
y esta casa no temer
lo que muchas necesitan,
si las que poco se habitan
á pique estan de caer.
¡Tanto huesped encerrado!
¡Notable capacidad
tiene vuestra voluntad,
pues á tres lugar ha dado!
Puesto que he sido llamado,
renuncio el ser escojido:
en Talavera he vivido,
en ella de mi os servid,
aunque aquí y allá advertid
se quiebran de una manera
los platos de Talavera

y las damas de Madrid.

ESCENA VI.

Dichos menos don PEDRO

CONDE.

Ya, señora, dificulto
lo que antes facilité,
aun que crédito no dé
á vislumbres de este insulto:
¡ pero á estas horas oculto
en vuestra casa don Juan!
permisiones de galan
esceden el justo estremo,
no os culpo yo, pero temo
desaires del qué dirán.

ESCENA VII.

Los antecedentes menos don CARLOS.

LEONOR.

Miedos ¿qué hacemos aquí? (Aparte.)
si en esta tempestad toda
soi la vaca de la boda,
¿y ha de llover sobre mí?
Por el Conde me perdí,
de él me voi á socorrer,
y cuando no pueda ser,
pues á embelecos me atrevo,
oficio conmigo llevo
que me gane de comer.

ESCENA VIII.

Los mismos menos LEONOR.

D.ª ANA.

Prima, por verte en altura
que á tus deudos nos honrase
procuré que se casase
con un Conde tu hermosura:
el amor todo es ventura,
no la supistes tener,
don Juan te ha hechado á perder,
y es quien de tí mas se ofende,
que quien todo lo pretende
todo lo viene á perder.

ESCENA IX.

D.ª ELISA, sola.

¿Qué intentará agora, ¡cielos!
mi airado padre conmigo,
que entre el perdon y el castigo
me derrotan sus desvelos?
¡Tanta tempestad de celos,
fortuna! Pues multiplique
olas que á mi fe dedique,
que si engolfándome van,
y no es Santelmo don Juan,
el remedio es irme á pique.

ESCENA X.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DOÑA ANA, con dos puertas laterales, y una de balcon en el fondo.

DOÑA ANA y LEONOR.

LEONOR.

Esto es todo lo que pasa.

D.ª ANA.

En efecto, ¿qué tu fuistes
la que á Cárlos escondistes?

LEONOR.

Ocultéle por tí en casa,
y de ella salgo por tí
huyendo.

D.ª ANA.

Mientras la mia
de tí su esperanza fía,
tendrás en ella y en mí
la accion que yo; y si don Juan
hace caso de su honor,
y paga mi honesto amor,
mis dichas te deberán
las medras de nuestro engaño.

LEONOR.

Ten por cierto que no esté
en Madrid quien mas te dé
pesares en todo el año.
Yo vi á sus puertas el coche
con las mulas de camino,
que ha de sacarla imajino
el viejo esta misma noche.

D.ª ANA.

Logre mis dichas amor,

y líbreme de estas olas.

ESCENA XI.

Dichos y don JUAN.

D. JUAN.

Pésame no hallarte á solas:
retírate allá, Leonor.

LEONOR.

Bueno se le va poniendo
el ojo á la haca: ya estan
los amores de don Juan
de otro temple; no lo entiendo.

ESDENE XII.

Doña ANA y don JUAN.

D. JUAN.

Doña Ana, yo necesito
de tu amor y tu consejo;
herido á don Cárlos dejo,
deslumbróle su delito.
Aguardele en esa calle,
ciego me salió á buscar,
la razon me pudo dar
aceros para sobralle.
Enemigo es poderoso,
peligrosa mi asistencia,
si se evita con mi ausencia
partirme luego es forzoso.
Débote la voluntad
que pagarte no he podido,
cuando mas reconocido,

no quiere mi adversidad
que llegue á corresponderla;
el peligro me da prisa,
la poca lealtad de Elisa
ocasion de aborrecerla.

D.ª Ana.

No querrá mi estrella airada,
don Juan, ya en mi favor cuerda,
que cobrándote te pierda,
hoi dichosa, hoi desdichada.
Haga el Conde dilijencias
buscándote, que en mi casa,
mientras este rigor pasa,
desmentirás sus violencias.
Este cuarto, ese balcon,
que en amarte te aventajo,
pasándome yo al de abajo,
te han de servir de prision.

D. Juan.

¿Donde reina la piedad?
¿donde triunfa tu fineza?
si es mi alcaide tu belleza,
mi prision es libertad.
Mas recelo de Leonor
que me vió entrar.

D.ª Ana.

No hai temella,
téngola grata, y por ella
se ha de lograr nuestro amor.

D. Juan.

Tu lo dispones de suerte
que en las dichas que intereso
soi ya dos veces tu preso.

D.ª Ana.

Libros en que entretener
hai sobre ese contador

y aderezo con que escribas
versos que á Elisa apercibas,
mientras que viene Leonor
á traerte de cenar,
y á disponerte la cama.

D. Juan.

La aurora aljófar derrama,
tarde es para reposar.

D.ª Ana.

No tienes en que ocuparte,
los presos duermen de dia.

D. Juan

Desvela amor, Ana mia,
y amo yo.

D.ª Ana.

Quiero cerrarte,
que te temo fujitivo.

D. Juan.

Si me buscaré Corral,
fiate de él, que es leal.

D.ª Ana.

A Dios pues, dueño cautivo. (*)

ESCENA XIII.

D. Juan, solo.

Estraña temeridad
he intentado, ciego amor,
contento estoi con vivir
tan cerca de quien murió.

(*) Vase cerrando con llave.

ESCENA XIV.

D JUAN y CORRAL, que entra abriendo la puerta opuesta á la que cerró doña ANA al salir.

CORRAL.

Déjame la llave, y vete
á tus haciendas, Leonor,
aunque siendo haciendas tuyas,
no tendrán mucho de Dios.

D. JUAN.

¡O mi Corral! Bien venido.

CORRAL.

Corral, y tan tuyo soi,
que esta vez he de quitarte
todo el mal de corazon.
Dejame cerrar la puerta, (Lo hace).
retiraremonos los dos,
donde ya que nos acechen
no nos oigan, atencion.
Despues que al coso saliste
herido del garrochon
de los celos, fino toro,
torote atropellador
de lo roso, y lo belloso,
ovillo de mi temor,
tuve embidia en las paredes
á las letras de carbon;
deseando transformarme
en ellas, con saber yo
ser cartapacio del necio
y sátira del lector;
cuando despues que te fuiste,
cada cual competidor,

sarpullido de los celos,
le dió á tu dama un jabon;
quedaron ella, y su padre,
ya ves que tales los dos,
como en las uñas del gato
el temeroso raton.
Ponderó lo que te amaba,
tus finezas, tu valor,
la tempestad de tus celos,
lo limpio de tu aficion.
y que próvida en no dar
sospechas al pundonor,
en los que á vistas vinieron,
á esconderte te obligó.
Que á don Pedro aborrecia,
mas que el buho al resplandor,
al buen año el avariento,
á la hermandad el ladron.
Juró como un catalan
no saber quien ocultó
á aquel Conde entremetido,
de nuestra paz Galalon.
Que ni de él tuvo noticia,
ni en su vida le digno
la memoria, ni aun los ojos,
mas que á pura persuasion
de doña Ana, que la dijo
ser tu amigo protector,
y querer con tal engaño
redimir su vejacion:
concedió con su embeleco,
y la claúsula cerró
con ofrecer á su espada
el cuello, todo candor.
Oyola protribunali
el viejo ponderador,
resolviéndose despues
de media hora de sermon,

en que habia de llevarla
á Lerma, antes que veloz
diese el alba afeite al prado,
y á su oriente vermellon.
Entró á prevenirse Elisa,
el viejo aprestar mandó
el coche, con dos criados,
y entre tanto oye el mejor
caso que escribió poeta,
que á serlo, á fe de quien soi,
que sin mendigar asuntos,
yo enriqueciera á un autor.
Entretanto, como digo,
por un pariente envió,
confidente de su casa,
celoso de su opinion.
A este pues en puridad
le dijo: Alvaro, yo estoi
resuelto á honrar con la sangre
del Conde, mi sucesion.
Persuadir que trueque Elisa
en desden la inclinacion
que á don Juan tiene, es querer
que el abril viva sin flor.
Fiado, pues, en el tiempo,
cuya cuerda dilacion
muda afectos y apetitos,
he finjido que llevo hoi
á un monasterio de Lerma
á Elisa, en cuya prision
escarmiente rebeldias,
y se mude su rigor.
Sacaréla luego al punto
de la corte, y yendo yo,
Dorotea y Alvarado
con ella, sin permision
que á persona comunique,
ni vea, aun el resplandor

del cielo, con las cortinas
echadas, mi prevencion
estriba, en que ignore el pueblo
que ha de darla habitacion.
Llegaremos de esta suerte
á la una, ó á las dos,
á sestear á las ventas
que llaman de Torrejon.
Retirarela á una cuadra,
hasta que cubra de horror
la noche nuestro emisferio,
y siguiendo mi ficcion,
daremos vuelta á Madrid,
persuadiéndola á que estoi
resuelto, en que viva oculta
en Illescas, donde vos
la esperais, á instancia mia,
mientras la murmuracion,
sepultada en el olvido,
no lastime nuestro honor.
Vendrémonos tan despacio,
que entremos cuando el rumor,
y bullicio de la jente
no pueda darla ocasion
para advertir que en la corte
mi engaño la restauró.
Vos, don Alvaro, entretanto,
en fé que mi amigo sois,
y que en vuestra lealtad tengo
antigua satisfaccion,
despejando aquesta sala
de cuanto adorno la dió
la calidad de mi estado,
y de mi hacienda el valor.
Cuadros, escritorios, sillas,
colgaduras, contador,
cama, estrado, sin que quede
un clavo que dé ocasion
á que reconozca el sitio,

pedircis al corredor,
Luis de Toledo se llama,
otra tanta ostentacion,
que de modo la disfracc,
que no la conozca yo.
Retirada en ella Elisa,
y las puertas del balcon
cerradas, dando la luz
la vidriera superior,
ni creerá que está en la corte,
ni viéndola, si no vos,
hará don Juan dilijencias
que despierten su aficion.
Solicitaré entretanto
que el Conde, que sospechó,
mal del pasado desaire,
haga cuerda informacion
de la honestidad de Elisa,
y buscando intercesor
poderoso, si es su amante,
lograré mi pretension.
Esto dijo, esto escuché,
temeroso acechador,
por el hueco de la llave;
esto mismo prometió
el don Alvaro pariente,
partiendo á su ejecucion,
como el coche á su jornada.
Sali á tiento á un corredor,
topé con una escalera,
hasta un patio me guió,
dí desde él á un corral,
salté desde un paredon,
supe que el Conde iba herido:
mi lealtad adivinó
que estabas en esta casa,
doña Ana abrirme mandó,
y la noche que se sigue

volverá á la posesion
de su cuarto nuestra Elisa.
Si permanece tu amor,
pared en medio la tienes,
Tisbe y Píramo los dos,
no os vereis por las rendijas,
mas de balcon á balcon,
para que os comuniqueis
con toda circunspeccion
sin riesgo de la conciencia,
que no lo permite Dios.
Traza tengo imajinada,
que ha de hacerme arquitector
balconero, con que admire
á la misma admiracion.
Ya sabes mi habilidad,
mi injenio es ensamblador,
lo que te quiero, infinito,
consulta tu suspension,
durmiendo agora sobre ello,
y si te está bien, ó nó,
que despues queda á mi cargo
el lograr esta invencion.

D. Juan.

Corral, cosas me refieres,
que al paso que nuevas son
causan en mi novedades
estrañas.

D.ª Ana. (Desde adentro).

Vendrá Leonor,
que es hora que don Juan cene.

D. Juan.

Abre, Corral.

ESCENA XV.

D. Juan, Corral que abre, y Leonor.

D.ª Ana.
Pues señor,
¿cómo os va de carcelaje?

D. Juan.
Doña Ana, como con vos.
Tarde es para que cenemos.

Corral.
Almorzar será mejor,
y repasarás de dia.

D. Juan.
No hai plato de tal sazon
como el hablar de mi Elisa.

Corral.
Déjame á mí.

D. Juan.
Vuelva yo
por tí á la gracia de Elisa,
y mi hacienda á tus pies pon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

LA DE LA CASA DE DON PEDRO DISTINTA A LA primer acto, con balcon practicable en el do. Don ALVARO, don ALONSO, LEONOR y a ELISA, á la que sacan en una silla de mas-, de gala sin manto, al dejar la silla, la sacan los mozos que la entraron.

ESCENA I.

D. ALONSO.

La industria ha sido estremada,
pues en el coche cubierta,
creyendo que ha Illescas viene,
la dejo en su cuarto presa.

D. ALVARO.

Á Leonor topé en la calle,
y luego hice por fuerza
que se viniese conmigo.

D. ALONSO.

Don Juan la esperanza pierda.

D. ALVARO.

Está mui bien advertido.

D. ALONSO.

Enmienda tu condicion, (A doña Elisa).
que mientras no la mudares,
y mas cuerda me obligares,
ha de durar tu prision
lo que duráre mi vida,
presto la consumirás:

todos presumen que vas
á Lerma, traza es finjida.
Para que no sepan donde,
te niego á sus dilijencias,
estrañas tus resistencias:
ni de don Pedro, ni el Conde
te satisfaces, don Juan
no ha de ser tu esposo, en esto
no hai que hablarme; si has dispuesto
darme disgustos, tendran
aqui los tuyos castigo:
si intentas que no me arroje
á mas estremos, escoje,
consultándolo contigo.
Cerrad, y vamos que es hora
de partirme.

D. Alvaro.

Ejecutor
he de ser de este rigor:
mirad, lo que haceis, señora.

ESCENA II.

Elisa y Leonor.

D.ª Elisa.

No se si diga que siento
el verte en mi compañía
mas que cuanta tirania
oprime mi pensamiento.

Leonor.

Suerte es de los desdichados
que yerren en cuanto emprendan,
con los servicios ofendan,

(*) Vánse cerrando.

é indignen con los agrados.
Doña Ana con las malicias
de don Cárlos, me engañó:
merezca, señora, yo,
perdon, siquiera en albricias
de que está aqui tu D. Juan.

D.ª Elisa.

¿Qué dices?

Leonor.

Que á Illescas vino,
tu el norte de su camino,
él tras tí su piedra iman.
Doña Ana tiene á don Juan
en su casa, y para darte
aviso, vine á buscarte,
y cojióme en el zaguan.

D.ª Elisa.

No me digas mas, Leonor.

Leonor.

Responde á las ansias mias.
¿Has visto por do venias?

D.ª Elisa.

¡Cómo! ¿si hasta el resplandor
del cielo, mi padre airado
me limitaba? Aun de noche
no nos permitió que al coche
corriensen un encerado.
Yo á la popa, él junto á mí,
de dia en una posada
tan oculta, y retirada
que aun los huespedes no ví.
Apenas llegué á esta villa,
cuando me sale á la puerta,
tambien para mi encubierta,
de esta posada una silla.
Y entrando á obscuras en ella,
para que todo lo dude,

aun la escalera no pude
ver, cuando subí por ella.

LEONOR.

Tu tio me trujo aqui
sin ver por donde, y culpada:
el Conde, que interesada
me juzga, volvió por mi,
y alcanzó que te asistiese,
con cargo de ponderarte
que su vida es adorarte:
dona Ana, para que hiciese
que de don Juan te olvidases,
tambien por mi ha intercedido,
y los dos me han ofrecido,
como con Cárlos te cases,
dote, y ajuar; pero yo
que contigo me crié,
y por esperiencia sé
que el cielo te destinó
á don Juan, que te merece,
resuelta en morir contigo
doi al tiempo por testigo
de lo que mi fe te ofrece.
Cama, y alcoba curiosa
hai que autorizan su dueño.

D.ª ELISA.

Con pesadumbre no hai sueño,
poco quiere quien reposa:
rezaré un rato primero
y entrarasme á desnudar.

LEONOR.

¿Enamorada, y rezar? (Apar

D.ª ELISA.

¿Qué dices?

LEONOR.

Que aqui te espero.

ESCENA III.

LEONOR, sola.

Disponiéndose van bien
de Corral las invenciones,
fióme sus prevenciones,
y quiérole un poco bien. (*)
Agora falta probar
si entre tanta multitud
de llaves, tendrá virtud
alguna, para burlar
la impertinente quimera
del viejo, en nuestra prision,
porque con llave el balcon,
sin ver la calle siquiera,
es morir, aunque amor muestra
industrias en la apretura,
y mas de tanta clausura:
esta pienso que es maestra,
veila á probar entretanto
que cumple sus devociones
Elisa. Hermanos balcones,
dad luz, y sea por encanto.

(*) Trae en la cinta un llavero con las llaves).

ESCENA IV.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

D. JUAN y CORRAL

CORRAL.

Viento en popa navegamos
por el paraje comun
de los que nacen de pies:
la fortuna te hace el buz.
Ya tu Elisa está en su casa
puesto que de mancomun
su padre, y su confidente
la hacen creer, en virtud
de que á Cárlos dé la mano,
que está en Illescas, segun
escuché trazando anoche
á la avara senectud
de su padre, fuera duerme
doña Ana, que el avestruz
de la muerte, la ha sisado
á su tia la salud.
No volverá, segun esto,
hasta que con nueva luz
trueque el sol en cunas de oro
el marítimo ataud.
Encajado el pasadizo,
que ha de ser nuestro arcaduz,
y de balcon á balcon
hechó mi solicitud,
por mas que encarcele el viejo
á tu Elisa, si tahur
eres, á figura estas,
yendo á primera de flux.

D. Juan.

Las paredes estan altas,
la calle toda inquietud
los vecinos maliciosos,
honra, y peligro.

Corral.

¡Jesus!
¿De cuando acá eres cobarde?
Cálose el cielo el capuz
monjil de la viuda noche,
sin verse un jiron azul.
Durmiendo la vecindad,
la luna en el mar del Sur,
¿y tu amor con tembladeras?
miren que asalto de Ormuz.
Vete, y verás mis desvelos.

D. Juan.

¡O amor! si sacas á luz
mi esperanza, deberante
mis sentidos su quietud.

ESCENA. V.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Leonor sola con una llave en la mano.

Hechicera es esta llave,
no hai contra ella prevencion,
abrí al instantante el balcon,
tambien por la puerta cabe
de la sala, que he ya abierto;
deberase á mi artificio
don Juan, todo este servicio,
pues con él su amor despierto.

ESCENA VI.

LEONOR y CORRAL.

CORRAL.

Doisela al mismo Arquimedes,
si es hombre, de tres la una.

LEONOR.

¡Ai Jesus! no me has dejado
gota de sangre.

CORRAL.

Las brujas
como tú, por tener poca
dicen que á los niños chupan.

LEONOR.

¿Por donde entraste?

CORRAL.

A la chanza
de un tablon se lo pregunta,
sacabuche balconero,
cuyo cuello, como grulla,
ya se estiende, ya se encoje,
y celebrando mi industria,
en el otro se incorpora
con invencion tan segura,
que pueden pasar por él
los chapines de una viuda,
que yo subí por encaje.

LEONOR.

Si, pero, Corral, ¿quien duda
que viéndole los que pasan,
nuestra fama no destruyan?

CORRAL.

Anda, que estas hoi modorra.

Ya te digo que se escusa
todo rejistro miron,
pues cuando el sol, ó la luna
quieran hacer de él alarde,
retirándole se oculta
del modo que la naveta
del escritorio, que ocupa
el espacio de su hueco.

ESCENA VII.

Los mismos y doña ELISA.

D.ª ELISA.

¿Si no hablas con las pinturas,
Leonor, con quien te entretienes?
¡Jesus! Corral ¿tú aqui?

CORRAL.

Triunfan
sutilezas amorosas
de impertinencias caducas,
y entrase por cualquier parte
amor que es deidad desnuda.

D.ª ELISA.

Bien ¿Mas con llave las puertas?

CORAL.

Para amor no hai cerraduras,
que como es su padre herrero,
le enseñó á forjar ganzuas.

ELISA.

¿Quién te dijo que en Illescas
estaba yo?

CORRAL.

Amor, lechuza
que escondiéndose del sol,

te supo seguir á oscuras.
En Illescas y en la corte
estas á un tiempo, y sin culpa
presa en tu mismo aposento:
el de don Alvaro ocupas.
Si quieres verificar
todas estas garatusas,
abre el balcon, las ventanas,
repara el modo y figura
de la sala en que te prenden,
mira esa alcoba ó estufa,
las bobedillas del techo,
que en Illescas poco se usan.
Esas puertas, y paredes,
que como los trajes mudan,
cual danzantes se disfrazan
con ajenas composturas.
Yo entré por el balcon,
pasar puedes tu si gustas,
que la puente levadiza
ningun pasajero escusa.
Don Juan está en ese cuarto,
de tu prima, tú segura,
no hai cosa que te de enojo.

ALONSO.

Esperadme Conde aqui. (Desde adentro.)

D.ª ELISA.

¡Ai cielos! ¿Es mi padre?

LEONOR.

Sí.

CORRAL.

Al pasadizo me acojo.

D.ª ELISA.

Yo me retiro á esta puerta.

LEONOR.

Engaños hai para todo.

ALONSO.

¡Ola! abrid aqui.

LEONOR.

¿Quién es?

ESCENA VIII.

LEONOR y D. ALONSO.

D. ALONSO

Si yo por de fuera cierro,
¿para que es prevencion tanta?

LEONOR.

Para que quien entre dentro
no nos halle de improviso
en civiles ministerios.

D. ALONSO.

Yo quiero con esta industria
estorbar sus pensamientos.
Llama á Elisa.

ESCENA IX.

Don ALONSO, doña ELISA y LEONOR.

D.ª ELISA.

Pues señor,
¿Has hallado modos nuevos
con que añadirme pesares?
¿Mudaste ya de consejo?
¿Quedósete algo olvidado?
Que yo te estaba midiendo
dos leguas de aquí, el camino.
¿A qué vuelves?

D. Alonso.

Ya no es tiempo
de proseguir invenciones.
Hija, solo los recelos
de que don Juan te inquietase,
determinarme pudieron
á persuadirte que estabas
en Illescas, mas supuesto
que ya no nos hace estorbo;
que estas en Madrid te advierto,
en tu casa, y en tu cuarto.

Elisa.

¿Donde?

D. Alonso.

En tu casa.

Leonor.

¡Ai, que enredo!

D.ª Elisa.

¿Pues aquesta ostentacion
de donde vino?

D. Alonso.

Todo eso,
y mas hallan en la corte
dilijencias, y dineros.
Vamos agora á lo mas,
y no gastemos el tiempo
en lo que menos importa.
Don Juan perdído de celos
hirió ayer noche á don Cárlos,
y recelándole muerto,
se valió de doña Clara,
en cuya casa, y secreto
por ser de doña Ana tía,
y heredera, convinieron
en que don Juan se ausentase,
quedando los dos primero

desposados, supo el Conde
los amorosos estremos
que don Juan debe á doña Ana,
supo estos tratos don Pedro,
y tuvo de ellos envidia,
porque viendo tus desprecios,
olvidado de tu amor,
el celo en tu prima ha puesto.
Don Cárlos, pues, que te adora
juzgó jeneroso, y cuerdo,
que casándose doña Ana
con don Juan, hallaba medios
con que obligarte á su amor,
y anteponiendo deseos
á venganzas, fué esta noche
á ver á don Juan, saliendo
con tantas verás su amigo,
que á instancia suya se dieron
doña Ana y don Juan las manos,
unos y otros tan contentos,
que enviándome á llamar,
testigo he sido y tercero
en casa de doña Clara
de finezas y de afectos.
Mañana, en fin, se desposan,
y el Conde, que por ti ha espuesto
la vida, viene conmigo:
ya ves lo que le debemos,
págale grata su amor.

LEONOR.

¡Jesu Cristo, el embeleco
que ha tejido en un instante! (Aparte).
¡Válgate la trampa, viejo!

D.ª ELISA.

Cosas, señor me refieres,
que las presumiera sueños
á no ser quien las afirma

tan digno de fé y respeto.
¡ En la breve duracion
de un dia tanto suceso !
¡ Tanta mudanza en don Juan !
¡ Tan poco amor en su pecho !
Alto, amor desvanecido,
al uso del siglo andemos,
lo que arruinaron engaños
reedifiquen escarmientos.
Al Conde Cárlos admito.

D. Alonso.

Agora si, que en tu cuello,
como la yedra en el olmo,
mis años rejuvenezco.
Aqui está, voi á llamarle.
¡ Que buenas nuevas le llevo!

D.ª Elisa.

¿ A estas horas ? No señor,
mañana con mas sosiego,
dispuesta el alma á servirte,
podrá venir.

D. Alonso.

Bien, no quiero,
apresurarte, mas mira
que pues quedamos en esto
no me saques mentiroso.

(*) Vase cerrando con llave.

ESCENA IX.

D.ª ELISA y LEONOR.

LEONOR.

Señora ¿ qué es lo que has hecho ?

D.ª ELISA.

Leonor ¿ qué sé yo ? Que quieres
de un alma toda recelos ,
que entre engaños que ha escuchado ,
duda verdades ¿ que tiemblo ?
don Juan adoró á doña Ana ,
apariencias le ofendieron
del Conde en mi casa oculto ,
hirióle , ausentóse , y temo
que escondiéndose en la suya ,
si entró huesped salga dueño.
Abre Leonor ; dame el manto.

LEONOR.

¿ Para qué ?

D.ª ELISA.

Las dos iremos.
ó yo sola , que es mejor ,
quedándote tu aquí dentro :
si á don Juan hallo en casa
de mi prima , desaciertos
de mi temor me engañaron ,
mas si no , cuanto sospecho
es sin duda.

LEONOR.

¿ Y no reparas
que han de conocerte luego
los criados de tu prima ?

D.ª ELISA.

Todos estarán durmiendo,

la casa tiene vecinos,
el portal hallaré abierto,
arriba en el cuarto solo
vive don Juan casi preso,
finjiré que soi doña Ana,
abríranme, y trataremos,
si se engañan mis malicias,
las dos el mejor acuerdo
que aseguren mis temores.

LEONOR.

Loca estás.

D.ª ELISA.

Estoi sin seso.

LEONOR.

¿Pues dónde habemos de hallar
el manto, si entraste en cuerpo
desde el coche hasta la silla?

D.ª ELISA.

Mantos hai en mi aposento,
mira ese cofre Leonor.

LEONOR.

Vamos, que apaciguar celos
es pedir peras al olmo.

D.ª ELISA.

Leonor, avisa en sintiendo
á mi padre.

LEONOR.

¿Yo? ¿Por dónde?

D.ª ELISA.

Tendrá el pasadizo puesto
Corral, y desde el balcon
me llamarás.

LEONOR.

En efecto,

¿das en creer disparates?

D.ª Elisa.

Dúdolos, sino los creo.

ESCENA X.

n Alonso, don Pedro y el Conde con banda.

Conde.

Escondido, y atento
escuché su amoroso sentimiento,
y que ofreció discreta
ser dueño mio, si doña Ana acepta
á don Pedro, y olvida
á don Juan pues nos consta su partida,
á Valencia no queda
inconveniente que estorbarnos pueda

D. Alonso.

La eleccion que en amor, d. Pedro ha hecho,
nos obliga á ayudarle.

D. Pedro.

Satisfecho,
de su honesta hermosura
desde que fuí su huesped, mi ventura
á adorarla me inclina.

D. Alonso.

Seguirá mis consejos mi sobrina,
pues por padre me tiene,
fuera de que avisarla me conviene
de todo este suceso,
pues el fin que intereso
estriba en que á su prima persuada,
que con don Juan su boda concertada
será mas venturosa,

si con ella don Cárlos se des¡

D. Pedro.

Cuidad de ecsajerarla
con sutileza suma, y corta parla,
lo que pienso servirla.

D. Alonso.

A mi me está bien el persuadirla
la suerte que no espera,
que cuando no por vos, por mi lo hiciera
hallarela dormida,
mas no importa, despierte, que sabida
la nueva que he de darla,
lisonja pienso que es el despertarla.

ESCENA XI.

SALA DE CASA DE DOÑA ANA.

D.ª Elisa con manto, don Juan y Cor

D.ª Elisa.

Todo esto pueden sospechas,
si bien, hallándoos aquí,
del alma las despedí.

D. Juan.

Como esten ya satisfechas,
aunque tormentas deshechas,
fulmine en el mar de amar
la fortuna, que turbar
mis esperanzas procura,
Santelmo vuestra hermosura,
no han de poderme anegar.
Sentaos un rato, tracemos
ardides con que podamos
vencer, aunque padezcamos,
inclemencias que tememos.

D.ª Elisa.

Don Juan, prevenid estremos
de un padre todo violencia,
á costa de la paciencia,
es forzoso, yo me voi.

D. Juan.

Mirad qne en la gloria estoi
en fé de vuestra presencia.
A estas horas ¿qué temeis?

D.ª Elisa.

Temo, don Juan, el cuidado
de un padre, que desvelado,
Argos en mi ofensa veis.

D. Juan.

Por el balcon os ireis.

Corral.

Yo le voi á prevenir,
entretanto que el zafir
del cielo platea la aurora.

D. Juan.

Merezca quien os adora
solo este instante vivir. (*)

D. Eeisa.

Es la fortuna inhumana
de mi paz tan enemiga.

(*) Se sientan los dos.

ESCENA XII.

Los mismos y don ALONSO.

(*) Se levanta don JUAN y doña ELISA queda sentada y cubierta con el manto.

D. ALONSO.

¡Válgame el cielo! ¿que es esto?
Parece que escuché a Elisa.
Con luz la sala, y abierta;
madrugado ha mi sobrina.

D.ª ELISA.

Este es mi padre, ¿si en casa
me hechó menos? ¡que desdicha!

D. JUAN.

Cubre la cara y no temas.

D. ALONSO.

¿Don Juan?

D. JUAN.

¿Mandais en que os sirva?

D. ALONSO.

¿Qué haceis vos en esta casa?

D. JUAN.

Esperiencias de cuan digna
es de alabanzas su dueño,
pues ansiar su amor me obliga.

D. ALONSO.

¿No os ibades á Valencia?

(*) Aparte á don Juan.
(*) A doña Elisa Ap.

D. Juan.

Es poca causa una herida
con mi agravio ocasionada,
para ausencia tan prolija.

D. Alonso.

¿Qué es de doña Ana?

D. Juan.

Llevóla
la enfermedad de su tia,
para que como heredera
á su testamento asista.

D. Alonso.

¿Qué veo? ¡Válgame Dios

D. Juan.

¿Qué os ha dado?

D. Alonso.

Pues Elisa,
¿Tu á tal hora y en tal parte,
¿Asi mi honor se mancilla?
¿Asi tu fama atropellas?
¿Asi mi sangre lastimas?

D. Juan.

¿Qué decis? ¿Estais en vos?

D. Alonso.

¡Como! ¿qué quereis que diga?
¿quien á estar en sí pudiera
en vuestra sangre, en su vida,
satisfacer mis deshonras?
Con alguna llave hechiza
falseaste mis cuidadados,
franqueaste tus malicias.

D. Juan.

Volved, señor don Alonso,
en vos, que es grande desdicha
que vejez tan venerable
de su prudencia desdiga.

Si sacasteis de esta corte
dos noches ha, á vuestra hija,
si nuestro amor os ofende,
si ahora á Lerma camina.
¿Quién vuestros discursos ciega?
¿Quién os altera la vista?
¿Quién quimeras os retrata?
¿Quién apariencias os pinta?
Advertid que esta señora
como á preso me visita.
Fué doña Ana á ver su enferma
y mi fé reconocida
á un amor tan jeneroso,
como hallo en su hermosa vista
contrayerva á mis desvelos,
que se quede la suplica
conmigo un rato, fiadora
de su honor la cortesía;
á este tiempo entrasteis vos,
y de modo del que mira
por cristales de colores
juzga de la especie misma
todas las cosas que advierte,
los cuidados que os lastiman
os hacen creer que son
cuantas damas veis Elisas.
Doña Ana quiere á don Pedro,
el Conde los patrocina,
los dos tratan desposarse,
sus esperanzas estriban
en vuestro consentimiento.
Ausente está de esta villa
vuestra ingrata sucesora,
¿qué ocasion pues os incita
á desbaratar acciones
de vos tan apetecidas?

D. Alonso.

Persuadirme que estoi loco
para que mejor se finja
vuestro engaño, que aunque viejo,
no está la sangre tan tibia
en mis venas que no baste.....

D. Juan.

Sosegaos, señor.

D. Alonso.

Malicias
semejantes no merecen
quietud, si no se castigan.
¿A mi negarme evidencias?
Aquel manto, la basquiña,
el talle, la misma voz
que escuché cuando subia,
conozco.

D. Juan.

¡Qué estraña tema!
no habrá en Madrid quien se vista
de la mesma suerte que otra?

D. Alonso.

Si puedo con descubrirla
convencer vuestros enredos,
¿qué aguardo? (*)

D. Juan.

No se averiguan,
en desdoro de las damas,
recelos con demasías.
Suspended cortés la mano,
ó no os guardarán las mias
la noble veneracion
á que las canas obligan.

(*) La quiere descubrir, y lo impide don Juan.

D. Alonso.

¿Negaisme que vea su cara? (*)
¡Ah! ¡quién tuviera en la cinta
el acero que los años,
para su agravio jubilan!
Falseó el atrevimiento
llaves que el vicio fabrica;
pero mientras la esperiencia
certidumbres ecsamina,
quedaos, aleves, que yo
volveré á casa, y si Elisa
no está en ella, aunque con riesgo
de su opinion ya perdida,
lo que no pueden mis años,
será fuerza que remita
al socorro de las canas,
dando cuenta á la justicia.
La llave que aqui olvidasteis,
dejandoos presos, os quita
de la mano la ocasion
de que huyais. (*)

ESCENA XIII.

Don Juan, Elisa, y despues Corral.

D.ª Elisa.

Corral, aprisa,
que es la dilacion dañosa.

(*) Alza todos los tapices mui colérico, y tienta todas las paredes.

(*) Quita la llave de la puerta, y vase cerrando por fuera.

CORRAL.

Nuestra puente levadiza
te asegura: alto á pasarla.

D. JUAN.

Adios, dueño de mi vida,
que yo velaré entre tanto,
Argos el alma en mi vista,
para socorrer desaires,
si en ellos mi amor peligra. (Vanse.)

ESCENA XIV.

SALA DE CASA DE DON ALONSO.

LEONOR, y despues doña ELISA, que entra por el balcon del fondo.

LEONOR.

Picose mi ama en el juego:
no tiene tanto temor
como yo.

D.ª ELISA.

Leonor, Leonor,
quitame este manto luego: (*)
escóndele: acaba pues.

LEONOR.

¿Viene señor?

D.ª ELISA.

¡Ai de mi!

LEONOR.

¿Y te vió con don Juan? (Doblale).

(*) Sale Elisa quitandose el manto de prisa

D.ª Elisa.

Sí,
referite despues
cosas que te den espanto:
descuidados nos cojió.

Leonor.

¡Jesus! y ¿te conoció?

D.ª Elisa.

No, y si: acaba, esconde el manto,
date prisa, que de hallarle
me pierdo: llevale.

Leonor.

¿Adonde?

D.ª Elisa.

En los colchones le esconde;
pero no, ha de buscarle,
échale por el balcon
á la calle, mas vérale
mi padre, que ahora sale
de esotra casa.

Leonor.

Dispon
que habemos de hacer.

D.ª Elisa.

Espera,
bajale á nuestro aposento.

Leonor.

Peor, que á tu padre siento
subir ya por la escalera.

D.ª Elisa.

En la manga.

Leonor.

Mal consejo,
que en una comedia vi
que le escondieron así,

y todas las oye el viejo.

D.ª Elisa.

Mira pues que sube.

Leonor.

Aguarda,
verás, un ardid visoño:
metámosle en este moño. (*)

D.ª Elisa.

¡Sutil industria!

Leonor.

¡Gallarda!
Aliñame estos cabellos.

D.ª Elisa.

¡Qué mal se reirá quien llora!

Leonor.

Barzagas que le halle ahora:
acaba de componellos.

D. Alonso.

Leonor esa aldaba quita. (Desde adentro.)

D.ª Elisa.

Señor, ¿pues á que otra vez?

ESCENA XV.

Los mismos y don Alonso.

D. Alonso.

¡Jesus! ¡jesus! mi vejez

(*) Sea el manto de gloria, destoca se la aulilla, métele dentro, y vuelvese á tocar.

el seso me precipita.
¿por donde pudiste entrar
en esta pieza?

D.ª Elisa.

¿Qué dices?
¿Qué buscas en los tapices?
¿Qué por la cama?

D. Alonso.

¿Engañar
mis advertencias pensabas?
¿Qué es del manto que traias?

D.ª Elisa.

¿Manto? ¿Cuando? ¿Desvarías?

D. Alonso.

Cuando con don Juan estabas.

Leonor.

¡Ai desdichada de mi!
Señor, ¿ha perdido el seso?

D.ª Elisa.

¡Yo! ¿con don Juan?

D. Alonso.

De tu esceso,
liviana, evidencias ví;
despejad las dos las mangas: (Míraselas.)
manifestad faldriqueras.

Leonor.

O está sin seso de veras,
ó viene á caza de gangas.

D.ª Elisa.

Padre y señor ¿qué te han dado.
¡Ai cielos, que me le han muerto!

(*) Mira y tienta todas las paredes, y alcoba.

LEONOR.

O caduca, ó ten por cierto
que el Conde nos le ha hechizado.

D.ª ELISA.

Padre mio de mis ojos,
¿Qué tenies?

D. ALONSO.

Llora, y derrama
embustes ¿si esta en la cama? (*)

D.ª ELISA.

Nunca yo te diera enojos
que he de pagar tan aprisa:
¡fortuna, tantos rigores!
¡Ai padre mio!

LEONOR

¡Ai amores!

D. ALONSO.

Sosiega el pesar Elisa.
Entré á buscar á tu prima,
hallé á don Jnan, y á su lado
á una dama, que aunque echado
el manto, juzgué de estima.
Egáñome su vestido,
su talle, y disposicion,
pues dando fé á mi ilusion,
descortés los he ofendido.
Cerrados, hija, los dejo,
y es fuerza volver á abrillos,
templarelos con pedillos
perdon; ¿qué quieres? soi viejo,
donde hai canas, hai malicias.

D.ª ELISA.

¿Qué dices?

(*) Vuelve á entrar en la alcoba.

LEONOR.

Donoso paso.

D. ALONSO.

Si con el Conde te caso,
yo te permito, en albricias
del gusto que he de tener,
que os burleis las dos de mí:
reposa, no estés ansí
que quiere ya amanecer.
Razon será que repares
enfados de mis estremos,
casaraste, y trocaremos
en regocijos pesares.
¿No quieres al Conde mucho?

D.ª ELISA.

Mucho no, pero querrele
poco á poco.

LEONOR.

Amor no suele
entrar de golpe.

D. ALONSO.

Ya escucho,
que le dices mil ternezas:
advierte que ha de venir
conmigo á las diez; á abrir
voi á don Juan, mis simplezas
perdonará: tu acuéstate. (*)

(*) Vase cerrando la puerta.

ESCENA XVI.

Doña Elisa y Leonor.

D.ª Elisa.

Leonor, vuelve á darme el manto,
y dí á Corral entretanto
que eche el puente.

Leonor.

¿Para qué?

D.ª Elisa.

El para qué, es de provecho.
¿No hallándome con don Juan,
de qué, Leonor servirán
los embustes que hemos hecho?

Leonor.

¿Pues no es mejor que ahora vaya
yo en tu nombre; y que encubierta
le deslumbre?

D.ª Elisa.

¿Y si te acierta
á conocer? que esta saya
vino á ser la causa mesma
de la trajedia que viste: (*)
pero no, el manto viste.

Leonor.

Caudalosa anda la feria
de enredos;

D.ª Elisa.

El manto toma

(*) Pónese Leonor el manto.

LEONOR.

llamo al patron de la nao, (*)
echa acá la barca, aho,
ya el alba el copete asoma.

D.ª ELISA.

No hai amor sin invenciones.

LEONOR.

Yo lograré nuestro ardid,
porque celebre Madrid
manto, jaulilla y balcones.

ESCENA XVII.

SALA DE CASA DE DOÑA ANA.

don JUAN, solo.

Niño Dios, no te va menos
que la honra, si no sales
airoso del laberinto
en que ciego te enredastes.
Llamas traes, serena alegre
las confusas tempestades
de tanto amoroso golfo,
porque á la playa nos saques.

(*) Hácia el vestuario.

ESCENA XVIII.

don JUAN, CORRAL y LEONOR con manto que la cubre el rostro.

CORRAL.

Entra, é iré á alzar el puente,
serás Leandro en el aire,
pues nadas olas de viento,
como el otro nadó sales.

ESCENA XIX.

don JUAN y LEONOR tapada.

D. JUAN.

Pues mi bien ¿que ha sucedido?

LEONOR.

Don Juan, ya ni industrias, ni arte
nos pueden ser de provecho;
el Conde obligó á mi padre:
los dos siguieron mis pasos,
y en fin habré de casarme.

D. JUAN.

¡O la mas cruel!

LEONOR.

¡Ai triste!
decir quisistes Anajarte,
sosiega, ¿no me conoces? (Descubrese).

D. JUAN.

Mil vidas me restauraste;
¿Pero que embeleco es este?

LEONOR.

No hai tiempo para contarte
prodijios: sentémonos
de la misma suerte que antes
que volviera el viejo á abrirnos:
sabrás cosas admirables.

ESCENA XX.

Los precedentes sentados, don ALONSO y don ALVARO á una de las puertas laterales: échase el manto LEONOR, vase don ALVARO, levántase don JUAN y LEONOR queda sentada.

D. ALONSO.

Don Alvaro; de este modo
averiguaré verdades.
Id, ahora á ver si Elisa
está en su cuarto, la llave
es esta, abrid con sosiego
que como yo aqui dentro halle
la encubierta, y vos á mi hija,
creeré que pude engañarme.

D. JUAN.

¿Ya volvereis satisfecho?

D. ALONSO.

Y corrido: perdonadme,
señora, si malicioso
di crédito á otro traje
vive Dios que es imposible
no ser esta Elisa, el talle,
la basquiña, vive Dios
yo vuelvo á desengañarme.

D. Alvaro.

Voi á verlo.

D. Alonso.

Id con secreto;
de duda el cielo me saque,
el manto, la saya, ¡cielos!
acreditan mis pesares;
pero cerrada quedó.

D. Juan.

No os suspendeis tanto, paren
en amistad sentimientos,
señor don Alonso, y basten
vuestras mismas esperiencias
á reduciros afable,
que estimo yo el ser mui vuestro.

D. Alonso.

En pruebas de nuestras paces,
os doi con los parabienes
los brazos, como se case
con vos la dama presente,
y aumentais felicidades
de Elisa, del Conde esposa,
y de don Pedro su amante
doña Ana, hospedera vuestra.

D. Juan.

Es deidad amor, y sabe,
manifestando su imperio,
hacer lo difícil fácil:
siglos los cuatro se gocen.

D. Alonso.

Mil, don Juan, el cielo os guarde
en vida de esa hermosura:
á Dios, tomad vuestra llave.

ESCENA XXI.

don JUAN, LEONOR y despues CORRAL.

LEONOR.

Quédese este manto aqui, (Quítasele)
que si vuelve á registrarme
el viejo allá, es peligroso,
porque no hai donde ocultarle.

CORRAL.

Esto hasta ahora va bien.

LEONOR.

Vamos Corral.

CORRAL.

Buen viaje.

ESCENA XXII.

D. JUAN, solo.

Ya el alba borda el oriente
de aljofares y granates:
¡Ai, si les diese á mis dichas
el parabien con las aves!
¿Parece que siento voces
en el balcon, si su padre
á mi Elisa agravio hiciese?
Librarela aunque me maten.

ESCENA XXIII.

SALA DE EN CASA DE DON ALONSO.
don ALONSO y el CONDE.

D. ALONSO.

Huelgo de haberos hallado
tan de mañana, que vengo
de visitar mi sobrina,
á quien con don Pedro es cierto
que se ha de casar sin duda.

CONDE.

Duermen tan poco los celos,
que han hecho que me levante
antes que el alba, temiendo
perder mis dichas por tarde.

D. ALONSO.

Finezas son como vuestras:
ya, Conde, de vuestra parte
teneis el amor de Elisa.

ESCENA XXIV.

Los mismos doña ELISA, y LEONOR al paño, y
don ALVARO.

LEONOR.

Lo veredes dijo Agrajes.

D. ALONSO.

Don Alvaro ¿estaba aqui?

D. ALVARO.

Con sentimiento bastante
de que de ella desconfies.

D. ALONSO.

Alto, debí de engañarme.

ESCENA XXV.

Los precedentes y don Juan.

D. Juan.

Don Alonso, si es prudencia
que primero que me case
esperanzas asegure,
y venza dificultades;
ya que he sido tan dichoso
que halle al Conde sin buscarle
con vos ahora, quisiera
quitar estorvos delante.
Porque anoche le alabé,
poco cuerdo en esta parte
las prendas de vuestra Elisa,
atropellando amistades,
me la usurpa, y se desposa.
Recelo, pues, que si sabe
que en otra dama me empleó,
con Elisa sea mudable,
y tambien me la pretenda,
vengo pues á asegurarme
de él, y de vos.

D. Alonso.

¿Pues de mi
qué hai que temais?

D. Juan.

Escuchadme.
¿Si la prenda á quien adoro
teniendoos á vos por padre,
por su esposo me elijiese
permitireiselo afable?

D. Alonso.

¿Por padre á mi?

D. Juan.

Asi lo afirma.

D. Alonso.

¿Pues no es esa?

D. Juan.

Es la que hallasteis
conmigo poco ha encubierta.

D. Alonso.

¿Ai suceso semejante?
¿Y esa dama es deuda mia?

D. Juan.

Su nobleza es vuestra sangre.

D. Alonso.

¿Será doña Ana?

D. Juan.

Ella ú otra:
vuestro gusto se declare.

D. Alonso.

Digo, si es la que con vos
dió motivo á los pesares,
que ya en gozos se convierten,
que siglos el cielo os guarde
á los dos, con sucesores
que vuestros gustos dilaten.

D. Juan.

Besoos la mano mil veces.
Vos, Conde, habeis de jurarme
de pasar tambien por esto.

Conde.

Gustoso, como no pase
adelante nuestro enojo.

D. Juan.

Juradlo, pues.

Conde.

Don Juan, baste

la palabra que os empeño.

D. Juan.

Pues, adios.

D. Alonso.

Sepamos antes
quién es la dama en enigma.

D. Juan.

Por ahora es importante
no descubríroslo. Señores,
cuento con lo que jurasteis,
y luego al punto....

Leonor.

Ya entiendo.

D. Juan.

Vereis qne traigo á mi amante.

ESCENA XXVI.

Don Alonso, el Conde, don Alvaro y don Pedro.

D. Pedro.

Ya llegó la sutileza,
á los últimos remates
del injenioso artificio.
qué pudo tener amante,

D. Alonso.

¿Qué es esto, señor don Pedro?

D. Pedro.

De amor, y de injenio lances,
increibles en el dia.
pues parecen disparates,

y son en vuestro desdoro
bien lastimosas verdades.

D. Alonso.

¿Qué decis?

D. Pedro.

Que hai ya balcones,
que para comunicarse,
sin que teman precipicios,
labran puentes por los aires.
Venid, certificareiseos
de la invencion mas notable
que pudo fraguar la industria.

Conde

Declaraos.

D. Pedro.

El declararme
ha de ser por vista de ojos:
venid, vereis el pasaje
que por los golfos del viento
hallan nuevos navegantes.

D. Alonso.

¿Qué es esto confusa noche?

ESCENA XXVII.

DECORACION DE PLAZA CON DOS PUERTAS Y DOS balcones contiguos y practicables. Del balcon de la casa de don Alonso al de la casa de doña Ana, habrá un tablon bien asegurado y sobre él aparecen.

Don Juan, Corral, doña Elisa y Leonor.

D. Juan.
Resoluciones amantes
son dichosas las mas veces:
no temais mi bien.

D.ª Elisa.
Ya es tarde
para temor y escarmientos. (*)

Corral.
Señores, no tiemble nadie,
no seamos bolatines
que dando á entender que caen,
suelen burlando en el suelo,
como huevos estrellarse.

Leonor.
Tenme Corral. (*)

Corral.
Arlequin,

(*) Dentro en los balcones.
(*) Va pasando Leonor.

tente tú que á esotra parte
suena el viejo. (*)

LEONOR.

¡Ai desdichada!

D. ALONSO.

Ya no es posible escaparse. (*)

D.ª ELISA.

¡Ai don Juan! en el balcon,
don Pedro, el Conde, y mi padre:
volvámonos.

D. JUAN.

No es posible:
yo he de morir ó librarte. (*)

D.ª ANA.

Dama en mi casa, y oculta,
don Pedro, de agravios tales
venganza os piden mis penas.

D. PEDRO.

Grande es mi amor, si ellas grandes.

D.ª ANA.

¿Asi se premian socorros,
don Juan, asi es bien se paguen
favores de vuestros riesgos?

(*) Se asoman al balcon de la casa de don Alonso, este, el Conde y don Pedro, á tiempo que se entra Leonor en el de doña Ana.

(*) Salen al tablado por la puerta de la casa de doña Ana, Leonor, doña Elisa, don Juan y Corral.

(*) Al quererse entrar don Juan, Corral y los demas, sale doña Ana por la misma puerta de su casa, y don Pedro por la de don Alonso.

D. Pedro.

Por ingrato y por mudable
morireis como Perilo
en la invencion que trazasteis:
solo hai paso por aqui. (*)

ESCENA XXVIII.

Los mismos, el Conde y don Alonso.

Conde.

Y por aqui solo se abre
salida á una alma rebelde,
franqueándola mi ultraje.

Corral.

Pasadizo ratonera
es el nuestro; no se llame
si no el puente de Martible
pues que le guardan jayanes.

D. Juan.

Esta es la dama encubierta
que á solas conmigo hallasteis,
y despues me permitisteis,
puesto que os llamé su padre,
que mi esposa la elijiese.
Lo mismo, Conde, juraste,
cumplid como caballeros.

D.ª Elisa.

No violenteis voluntades,
triunfad de vos mismo Conde:
sed cortés, si sois amante,

Conde.

Razones tan elocuentes,

(*) Sacan las espadas.

dignas son de venerarse.
Amparo de vuestro amor,
seré de aqui en adelante,
como de don Juan amigo;
y si estima vuestro padre
serlo mio, como creo,
logrará felicidades,
que tal yerno le asegura,
por que yo asista aqui facil
en no reprimir pasiones,
seré enemigo constante
de quien á don Juan no estime.

D. Alonso.

¿Ai bellaqueria mas grande?

D.ª Elisa.

¡Padre mio!

Leonor.

¡Viejo mio!

D. Alonso.

Vos lo mandais, Dios lo hace,
trázolo amor, contra tantos,
un viejo, y solo ¿qué vale?

D. Juan.

Dejad que los pies os bese.

Conde.

Anudemos voluntades
que rompieron competencias,
porque eternicemos paces,
dando doña Ana á don Pedro
la mano.

D.ª Ana.

Sobre estimarle
por que viene de la vuestra...

Corral.

Pues que se queda incasable (Al Conde).

vuestra virjen señoria,
metamonos los dos frailes.

LEONOR.

Eso no, que soi tu esposa.

CORRAL.

¿Que aun no he podido escaparme?

CONDE.

Fenecieron con la noche
confusiones y pesares,
y con el sol amanece
la paz que á alegrarnos sale.

D. JUAN.

Estos los ardides son
con que amor prodijios hace.

LEONOR.

Y estos mis embustes son,
no fie en mujeres, nadie.

CORRAL.

Los balcones de Madrid
aqui dan fin, perdonadme,
que si no os digo el poeta,
me han mandado que lo calle.

FIN.